

# La Esfera

3 Junio 1916

Año III.—Núm. 127

ILUSTRACION MUNDIAL



LA FUENTE DEL AMOR, dibujo de F. Ramírez

DE LA VIDA QUE PASA

## "La ciudad alegre y confiada"



Rafaela Abadía, en "La ciudad alegre y confiada"

A raíz del primer estreno de esta obra... Y ya sin pasar de aquí, es fuerza que me detenga en una divagación explicativa, que de seguro el lector me está exigiendo fácilmente.

«¿Cómo primer estreno?»—pienso que me dice el lector—. «Pero ¿es que cabe más de un estreno? Lo que usted quiere dar á entender será estreno á secas.»

Pues, no, señor. Si hubiera querido dar á entender estreno mundo y lirondo, así lo hubiera dicho. Y cuando he dicho primer estreno, por algo es. ¿Que si cabe, por caso, más de un estreno? Pregúntenselo á la honrada madre Celestina, tan experimentada en ese linaje de prodigios. Cómo se verifica el milagro, no sabríamos decirlo. Ello es que hay cosas que parecen haber nacido ya viejas, envejecidas y estrenadas allá en un antaño remoto y que, sin embargo y á lo que se murmura, con renovada virtud constantemente se ofrecen como estrenos. Esta verdad, obtenida por la experiencia, es aplicable lo mismo á las cosas que á las ideas y á las personas. Por ejemplo, un político en España es una persona sin cesar inédita. Jamás se gasta, jamás se usa, jamás fracasa, jamás se le arrumba; antes por el contrario, siempre se mantiene flamante, aun cuando alcance la longevidad de un patriarca bíblico, siempre está en vísperas de estrenarse, siempre aguardamos que haga algo. En cuanto á las ideas, acontece lo propio. Ideas rancias y manidas, más que la momia de Sesostris, vemos que no falta quien nos las quiere hacer pasar por ideas mozas, fecundas y pudorosas en su inmaculada doncelléz. Y basta de divagación.

D. Jacinto Benavente, escritor ilustre y popular, de industrioso y habilísimo ingenio, ha acertado á introducir en el mundo teatral la costumbre de estrenar las obras varias veces seguidas. Su última obra «La ciudad alegre y confiada», se estrenó por lo menos tres veces en pocos días. La primera vez, por la tarde. La segunda, por la noche. La tercera, interpretando el propio autor el personaje culminante de la obra, por cierto con facultades histriónicas nada comunes. En los tres estrenos, obra y autor obtuvieron sendos éxitos ruidosos.

A raíz del primer estreno, los espectadores echaron de ver que la obra carecía de novedad. Esta carencia de novedad se fué acusando, claro está, en los estrenos sucesivos. Pero, en esta vejez ingénita, que se dijera cumplimiento de la profecía de Hesiodo: «llegará un tiempo en que los hombres serán viejos antes de nacer»; repito que en esta vejez ingénita radica precisamente el mérito de la obra, y no es paradoja. Aquí, es obligada otra divagación explicativa.

Todos se muestran conformes en que la obra dramática, ha pocos días requeté-estrenada, como tal obra dramática es sobremanera deficiente. Igualmente, todos se hallan de conformidad en considerar que el Sr. Benavente no se había propuesto ofrecer al público un dechado de comedia, antes bien, dejando de lado vanidosas ínfulas estéticas y artísticas, atento á sus deberes de buen español, quiso despertar en nuestro pueblo, de suyo hartó distraído é indiferente, el sentimiento del patriotismo.

Ahora bien, en cuantas ocasiones se hable de patriotismo, inevitablemente se evocan las mismas ideas, se sugieren las mismas emociones y se pronuncian las mismas palabras. El sentimiento patriótico es connatural al hombre, por donde su historia es tan antigua como la historia humana. De aquí la falta de novedad en la obra del Sr. Benavente, y de aquí precisamente su mérito. Tanto vale, como decir que el Sr. Benavente ha elegido para su obra un tema eterno. ¡Y qué tema! El patriotismo es el sentimiento que con más fuerza mueve el corazón y la voluntad del hombre. Es más fuerte que el amor humano, puesto que por él se deja la madre, la novia, la mujer, los hijos. Es más fuerte que el amor divino, puesto que por él el religioso quebranta su regla y, habiendo ordenado el Divino Maestro «no matarás», no obstante ésto, el religioso, convertido en soldado, mata y mata creyendo cumplir su deber y ser grato á su Dios. Es, en suma, más fuerte que la misma muerte, ya que por él se da la vida, más que de buen grado, con fervor. Así es el patriotismo, en su grado supremo de exaltación; una especie de

locura sagrada. Pues si es así, piénsese cuán peligroso, temerario y criminal será provocar con ligereza y por fatuidad ó vanagloria esta santa locura, enderezándola hacia un mal fin ó simplemente sin propósito ninguno. Y, ya que no un caso de conciencia, parece de buen sentido que del patriotismo exaltado hasta este grado supremo no debe hacerse uso sino en circunstancias supremas.

En circunstancias normales el sentimiento del patriotismo se manifiesta con locuciones normales. Y así es lógico que se manifieste, so pena de incurrir en ficciones lucrativas. Así como todos los modos de sentimiento amoroso de hombre á mujer se reducen á dos tipos, el tipo Werther y el tipo Don Juan, el hombre que está dominado por el sentimiento y el hombre que es dueño de su sentimiento, así también el sentimiento normal del patriotismo se presenta en la vida nacional por dos estilos, el optimista ó alardoso y el pesimista ó voluntarioso. El credo del primero es: el deber patriótico nos exige, sin ningún género de disculpa, creer y proclamar que nuestro pueblo es el pueblo más grande de la tierra. El credo del segundo es en cierto modo más modesto y en cierto modo más orgulloso; el deber patriótico nos exige hacer de nuestro pueblo un pueblo tan grande como otro cualquiera, en lo cual va implícito que todavía no lo es. En opinión del primero, nuestros antepasados lo han hecho todo para nosotros. En opinión del segundo, tenemos que hacerlo todo por nosotros mismos y lo que se pueda para nuestros descendientes. La gran herejía patriótica, según el primero, es la crítica. Según el segundo, la rutina. Para el primero, el gran pecado es la actividad renovadora. Para el segundo, la pereza tradicional.

Fracasada, desde el primer estreno, *La ciudad alegre y confiada* como obra literaria, éramos muchos los que fiábamos, llenos de esperanza, en que gozase de larga vitalidad política. Nos prometíamos que apasionase y suscitase saludables polémicas; y la obra no interesa á nadie ya, ni literaria ni políticamente. Por varias razones. Helas aquí. La obra encierra una contradicción radical. Aparentemente, cae dentro del segundo estilo de patriotismo á que aludimos con anterioridad; el patriotismo crítico y negativo. El Sr. Benavente no saca en su obra sino ciertos pormenores de cosas y personas que él, individualmente, halla muy enojosos y nocivos para el bien común. Pero el verdadero patriotismo crítico no se conforma con señalar el mal y hasta piensa que hay el peligro de la mala fe en señalarlo sin razonarlo y acompañarlo del remedio. En cambio, el Sr. Benavente, tan penetrativo para denunciar el mal, se vuelve asaz romo á la hora de aconsejar el remedio. Por otra parte, el patriotismo crítico es una forma normal que no admite la caprichosa, inoportuna y profanadora aplicación del supremo patriotismo con ocasiones de poco momento. Y en la obra del Sr. Benavente se da la promiscuidad (tal es la contradicción radical más arriba indicada) de un patriotismo crítico normal y de un patriotismo exaltado sin motivo suficiente. Viene á ser algo así como entonar la marcha real y ponerse en pie cuando la doméstica entra en el comedor con la fuente de cocido, el plato nacional. Consecuentemente, los que aprueban el patriotismo crítico, sospechan que, si bien la obra pretende estar inspirada en este linaje de patriotismo, debe de haber algo de insinceridad ó de atolondramiento en la pretensión; y los indicios que conducen á esta sospecha son, la ausencia de soluciones concretas y prácticas, y la explosión intempestiva y falsa del patriotismo retórico. Y no les queda otro recurso que volver la espalda, con desdén. Por otra parte, los que comulgan en la necesidad frecuente del patriotismo exaltado, venga ó no á cuento, en el fuero interno han de condenar necesariamente las tentativas, aunque tímidas, de patriotismo crítico que en la obra asoman, aquí y acullá. Las condenan, aunque no lo declaren y se contenten, en tales casos, con no aplaudir y torcer el gesto. En definitiva, lo que le sucedió al Sr. Benavente es como si un hombre que se ha vestido aceleradamente se da cuenta, ya en la calle, que se ha puesto mal las botas, la del pie izquierdo en el derecho y viceversa. Con las botas trocadas, no se pueden andar muchos pasos. Con los públicos y los conceptos trocados, una obra teatral no puede durar muchos días.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

FOTOGRAFÍAS DEL NOTABLE ARTISTA SR. GALVACHE



Emilio Thuillier, en el prólogo de "La ciudad alegre y confiada"

LA ESFERA

# ARTE CONTEMPORÁNEO



LA PINTORA, cuadro de Pedro Sáenz

TEATRO REAL  
LAS DANZAS RUSAS

DESDE hace unos años venía deslumbrando á los públicos de París y Londres el empresario y director artístico Diaghileff, con el arte extraordinario de las célebres danzarinas rusas María Kousnezoff, Paulowa, Karsavina y el de los artistas Nijisky y Miassin, que con sus manifestaciones artísticas de la danza, síntesis suprema de todas las bellas artes, producían una impresión enorme. Después han recorrido toda Europa y los Estados Unidos.

Las adaptaciones coreográficas de Fokin y la escenografía de Bakst, que tanto contribuye á la ilusión, embelleciendo la realidad con su arte; los asuntos de estos bailes, especie de cuentos infantiles de ingenua sencillez y de encantadora ternura, fantásticos, mágicos, burlescos, mitológicos, pantomímicos, trágicos; reconstrucción, á veces, de las danzas griegas, en que la Pintura, la Arquitectura, la Música y la Historia contribuyen al esplendor de este espectáculo coreográfico de la más pura belleza; cuyas esplendentes maravillas de luces y colores, unidas á las fastuosidades de los trajes, llegan á producir una emoción de irreal hermosura, y en las que se mezclan las originalidades del arte de los primitivos con los refinamientos del arte modernísimo.

La danza, en la forma que estos magos rusos la presentan, con la plasticidad de los cuadros, el arte del gesto, la acción, las actitudes, es la manifestación de arte más intensa, depurada y perfecta, la más espiritual, de un interesantísimo atractivo y del más alto deleite estético, en la que el oído y la vista disfrutan á la vez.

La música tiene en estos bailes una decisiva importancia. Las dos artes del gesto y del ritmo se funden y, cada ritmo musical, corresponde á otro ritmo del cuerpo, vibrando todo él en primores de flexibilidad, gra-



LYDA LOPOKOVA

cia, ligereza, majestad, agilidad, finura y distinción.

Los compositores rusos, renovadores del arte musical, con la savia del canto popular en los últimos veinte años, son los que han creado este inefable género de arte y muy particularmente Strawinsky y Sriabin, los dos compositores más avanzados por la novedad de sus procedimientos técnicos y aunque la belleza de sus ideas melódicas sea discutible, las descripciones musicales de los gestos producen impresiones de encantador exotismo, de algo desconcertante, por lo raro é imprevisto, música de gestos, simbólica, evocadora, sorprendente.

El repertorio es copiosísimo. Algunas obras de Selimann: «Papillons» y el «Carnaval», entre otras de autores clásicos y modernos, transformadas en danzas por Fokin y orquestadas por Strawinsky, Liadoff, Glazunoff, Rimsky-Korsakoff y Teherépin. (Muchas de estas obras las interpretan coreográficamente la célebre danzarina norteamericana Isadora Duncan (1) y la Tórtola Valencia); «Cleopatra», de Arensky, Rimsky-Korsakoff, Glazunoff y Glinka; «Thamar», de Balakireff; «Salomé», de Glazunoff; «Scherezada» y las danzas de la ópera «El gallo de oro», de Rimsky-Korsakoff; «Petruschka», «El pájaro de fuego» y «El Ruiseñor», de Strawinsky, y las danzas de «El Príncipe Igor», de Borodin.

Los compositores franceses modernos también han escrito algunos *ballets*, verdaderas miniaturas, de un arte luminoso y sutil, arte de ensueño, de misterio y de poesía, que cautivan por la novedad de sus preciosas y extrañas sonoridades, de tonos suaves y esfumados de refinadas coloraciones y de variadísimos matices. «La Peri», de Dukas; «Dafnis y Cloe», de Schmitt; «Salomé», «Dafnis y Cloe» y «Ma mère l'oye», de Ravel; «El dios azul», de Halm, y «La tarde de un fauno» é «Inegos», de Debussy

(1) La Duncan y su hermano estudiaron en Grecia los frisos y bajorrelieves, dando vida por el ritmo á aquellas figuras, haciendo dinámico lo estático de sus estatuas por el movimiento de la danza, reconstruyendo el arte clásico del baile, al igual que la Tortola Valencia hace con el arte egipcio, pero con más profundidad y más arte.

(algunas son versiones coreográficas de Fokin), constituyen, con «La leyenda de José», de Strauss (estrenada en París por la eminentísima artista María Kousnezoff en la primavera de 1914) y la comedia mitológica «Midas», de Steinberg, lo más saliente del nuevo género que estamos disfrutando en el Teatro Real, dirigidos por el joven maestro suizo Ansermet.

Las impresiones que están haciendo los danzarinas rusos de la *troupe* Diaghileff, creador y propagandista ruso, en Madrid (aun faltando algunas de las primeras figuras) y el soberbio espectáculo, que tanta curiosidad ha despertado, de sus danzas en las que intervienen sesenta bailarines de ambos sexos y doscientas comparsas y figurantes componiendo cuadros plásticos admirables llenos de animación y de movimiento ha sido, algo extraña, por lo que se refiere á la música de alguna de ellas, pero en general, han gustado por la novedad del espectáculo que nos ha sumergido, durante unos días, en un ambiente de arte, muy diferente de aquellos bailes superficiales y meramente recreativos por el estilo de «Copelia», «Excelsior» y «Silvia».

Se anuncia que el genial Strawinsky antes de las atrevidas concepciones «El pájaro de fuego», «El fauno y la pastora», «El ruiseñor» y «Sacre de Printemps», dirigirá «Petruschka».

Diaghileff piensa encargar algunos bailes á compositores españoles. El infortunado Granados había comenzado ya un baile de gitanos.

«Noches en los jardines de España», de Falla, con decorado de Néstor y coreografía de Fokine, y «El amor brujo», también de Falla, son dos obras que encajan dentro del género que cultivan los artistas rusos.

ROGELIO VILLAR



LYDA LOPOKOVA



L. TSCHERNICHEVA

# LA ESCULTURA CLÁSICA



**VENUS GNIDIA**

Hermosa escultura de Praxiteles, que se conserva en el Museo del Vaticano, en Roma



## MONTE AMARGO

Trocha que apenas nacida  
mueres en el cantizal,  
breve y dura, cual la vida  
de este mundo terrenal;

y no gozas las praderas,  
ni el recuesto muelle y suave  
donde, allá en las primaveras,  
la flor brota y canta el ave.

Pino retorcido y viejo,  
que arraigado entre las peñas

solo alcanzas el reflejo  
de la cumbre con que sueñas.

Fuentecilla que en la roca  
naces y en ella te pierdes,  
sin refrescar una boca  
ni bañar los campos verdes.

Sois las vidas malogradas  
de alguna quimera en pos,  
las pobres vidas truncadas,  
como malditas de Dios.

DIBUJO DE VIVANCO

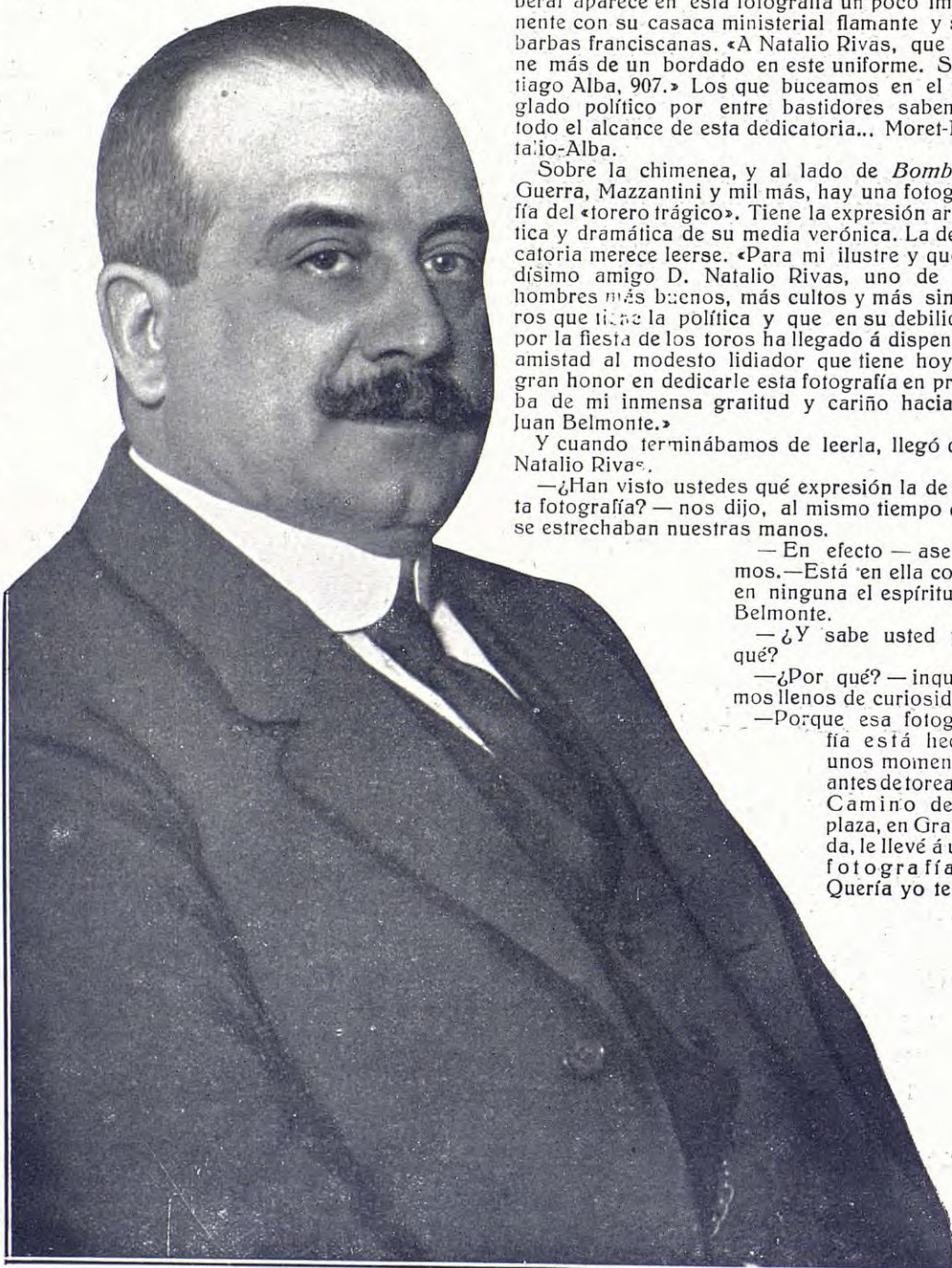
ENRIQUE DE MESA

NUESTRAS VISITAS

## NATALIO RIVAS

EN una epístola un poco larga, un señor, que se firma «asiduo lector», me recomendaba la conveniencia de incluir en este capítulo de «Nuestras visitas» las vidas y hazañas de algunos hombres políticos. Y mi comunicante, que por cierto es provinciano, se extrañaba de la omisión. Efectivamente, hasta ahora no nos habíamos ocupado de ningún hombre político en este periódico. El espíritu del mismo, la idea que presidió á su fundación, fué ajena por completo á las luchas, á los enconos y á los personalismos que se debaten en esa atmósfera donde palpitan las ambiciones por la consecución del Poder.

Pero la carta de nuestro anónimo interrogador nos ha hecho modificar el criterio primitivo. Hay en la política hombres prestigiosos y meritorios que además tienen acreditada una gran cultura artística y un amor decidido y resuelto por la prosperidad intelectual de nuestra patria. Y en este sentido, nuestra primera visita á los hombres que gobiernan, ha sido á Natalio Rivas, el inteligentísimo subsecretario de Instrucción Pública, á quien tanto deben las Bellas Artes en España.



NATALIO RIVAS  
Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes

Mientras que esperábamos en la amplia ronda, con las paredes embujadas de libros, nos entreteníamos, el simpatísimo Paco Gómez Hidalgo y yo, en curiosar en aquel archivo de recuerdos que denunciaba el espíritu exquisito, ordenado y romántico de Natalio Rivas.

Retratos de políticos, de artistas, de toreros rociados por todas partes: por la chimenea, por los estantes, sobre la mesa. En sitio preferentísimo una gran cabeza fotográfica, admirable de expresión y de parecido, de D. Segismundo Moret. En vez de dedicatoria tiene una cláusula testamentaria escrita por Natalio Rivas; dice así:

«Mis hijos y descendientes rendirán el mayor respeto á mi memoria consagrando siempre su mejor recuerdo de cariñosa gratitud á este hombre insigne, gloria de España, que me otorgó su confianza y que fué mi jefe, mi maestro y mi más entrañable amigo. Natalio Rivas.»

¿Verdad, lector, que este detalle de sublime delicadeza espiritual nos habla muy bien de nuestro visitado?... Cercano al retrato de Moret, que está en el centro, en sitio preferente á la derecha, hay uno del Conde de Romanones con cariñosa dedicatoria, y á la izquierda otro de Santiago Alba. Nuestro ambulante ministro liberal aparece en esta fotografía un poco imponente con su casaca ministerial flamante y sus barbas franciscanas. «A Natalio Rivas, que tiene más de un bordado en este uniforme. Santiago Alba, 907.» Los que buceamos en el tinglado político por entre bastidores sabemos todo el alcance de esta dedicatoria... Moret-Natalio-Alba.

Sobre la chimenea, y al lado de *Bombita*, Guerra, Mazzantini y mil más, hay una fotografía del «torero trágico». Tiene la expresión artística y dramática de su media verónica. La dedicatoria merece leerse. «Para mi ilustre y queridísimo amigo D. Natalio Rivas, uno de los hombres más buenos, más cultos y más sinceros que tiene la política y que en su debilidad por la fiesta de los toros ha llegado á dispensar amistad al modesto lidiador que tiene hoy un gran honor en dedicarle esta fotografía en prueba de mi inmensa gratitud y cariño hacia él. Juan Belmonte.»

Y cuando terminábamos de leerla, llegó don Natalio Rivas.

—¿Han visto ustedes qué expresión la de esta fotografía? — nos dijo, al mismo tiempo que se estrechaban nuestras manos.

— En efecto — asentimos. — Está en ella como en ninguna el espíritu de Belmonte.

— ¿Y sabe usted por qué?

— ¿Por qué? — inquirimos llenos de curiosidad.

— Porque esa fotografía está hecha unos momentos antes de torear... Camino de la plaza, en Granada, le llevé á una fotografía... Quería yo tener

un retrato de Belmonte minutos antes de jugarse la vida. Fíjense ustedes en esa mano contraída, en ese gesto...

Contemplamos un instante más al lidiador y después tomamos asiento en una butaca... D. Natalio quedó enfrente; una mesita maqueada nos separaba.

Natalio Rivas posee, como nadie, esa simpatía sugestiva y cautivadora que se llama «don de gentes»; su charla es avasalladora, ingeniosa y chispeante... Con la misma capacidad habla de arte, que de literatura, que de agricultura, que de política... En todo es el maestro ameno, que siempre siembra enseñanzas.

Las horas pasaban oyéndole hablar y nos parecían minutos. Su acento de fino andaluz agracia notablemente su conversación... Físicamente, su silueta puede ser la misma de aquel gran estadista que se llamó Canalejas.

— No puede usted negar que es del riñón de Andalucía — le dijimos.

— Como que me honra muchísimo. Nací en la Alpujarra. Mi padre fué el abogado de más fama de allí, y políticamente pertenecía á aquellos liberales de la revolución del año 20. Vamos, era un liberal de Riego; pero jamás salió del país; allí resultaba el guía y el consejero de toda la comarca. Fuimos varios hermanos, pero el que en realidad heredó las condiciones políticas de mi padre fué yo, que he llegado á asumir la dirección de 54 pueblos... Y mi vida allí resultó patriarcal... En Orjiva, que es el distrito que vengo representando, he llegado á conseguir el ideal de que no haya partidos políticos.

— ¿Dónde hizo su carrera?

— En Granada. La terminé á los veinte años y me dediqué al bufete en Albuñol...

— ¿Cómo empezó usted la carrera política?

— Saliendo diputado provincial en Granada; más tarde presidente de la Diputación... Ya sabe usted cómo se politiqua en provincias.

— ¿Vino usted á Madrid cuando ya era diputado á Cortes?

— No, señor... Yo me trasladé á Madrid el 96, y salí diputado el 901.

— ¿Existía ya su gran amistad con Moret...?

— A Moret le conocía de una manera superficial desde el año 90... Por cartas, por atenciones políticas que tuvo conmigo... Al llegar á Madrid comencé á tratarle más íntimamente, y en el año 97 llegué á poseer la amistad paternal y el inmenso cariño de D. Segismundo...

Natalio hizo una pausa... En sus ojos brillaban lágrimas... Con voz llena de tierna emoción, esa emoción que sólo sentimos al hablar de nuestros padres, continuó:

— Moret, en los últimos años de su vida, fué para mí el *todo* de mi existencia: mi padre, mi hermano, mi amigo, mi maestro: «todo»... En mí confiaba sus intimidades particulares y políticas, como si yo fuese su propio pensamiento. ¡Pobre amigo!... Durante las temporadas que estuvimos separados nos escribíamos á diario... Poseo una numerosísima colección de cartas de él, por cierto muy interesantes, que el día que yo me muera irán, Dios mediante, á la Academia de la Historia para que de ellas hagan lo que les tenga más en cuenta.

— ¡Lo de secretos políticos que poseerá usted!

— Fíjese... Y en mí siempre serán secretos, pues si alguna vez los contara no hubiese sido nunca digno de poseerlos — esquivó Natalio mi intención.

— Y dígame, D. Natalio. Dicen que Moret presintió su muerte mucho antes de que ocurriese.

— Ya lo creo. El mismo el 1.º de Enero del 13, y cuando se constituyó el gabinete Romanones, recuerdo que me dijo una mañana: «Yo no deseo ni puedo volver á ser Poder porque no tengo fuerzas para ello, porque mi corazón no marcha bien; acepto la Presidencia del Congreso, pero para la primavera necesitaremos Romanones y yo un nuevo Presidente. A mí no me queda más misión en el partido liberal que consolidar la jefatura de Romanones.»

Hizo una pausa D. Natalio; después agregó por su parte:

— Ahí tiene usted por qué yo no podría estar al lado de otro jefe que no fuese el Conde. Soy





Natalio Rivas, con su esposa y sus hijos

FOTS. CAMPÚA

su amigo personal hace muchos años; siempre he tenido por él vivísima simpatía, y, además, estimo, no sólo porque esa es mi convicción, sino también porque se lo escuché á Moret, que es de todo el partido liberal el hombre que reúne más condiciones para acaudillarnos. Además, conmigo ha tenido distinciones, que me obligan á la gratitud, y, como yo no varío nunca de jefe, á su lado estaré mientras vivamos; y podrá tener un amigo tan leal como yo, pero más, no.

Nuestro gesto de honda tristeza no lo advirtió el Subsecretario de Instrucción pública.

Proseguimos:

—¿Usted ha sido periodista, D. Natalio?...

—Sí, señor. Lo he sido y siento no seguir siéndolo; porque mis condiciones nativas son de periodista; las circunstancias me han cambiado... Pero tengo tanto amor á escribir, que desde que vine á Madrid llevo un «Diario» de mi vida, donde recojo todas las noches y donde quiera que esté, todas mis impresiones y mis movimientos del día. Esto lo llevo con un cariño profundísimo; por trimestres encuaderno mis libros y ahí quedan hasta los asuntos más íntimos de mi vida...

—Es curioso...

—No puede usted imaginarse, y, sobre todo, útil; porque en ese índice de la vida de uno hay grandes experiencias y enseñanzas.

—¿Cuáles son sus aficiones más dominantes?

—La política y el arte... Adoro el arte; nada hay que me emocione tanto como un cuadro de Velázquez ó un

bello paisaje serrano. De ahí mi protección á los artistas..., y por eso nada más justo á mis aficiones que el cargo con que me ha honrado el Gobierno. Y mi afición mundana los toros.

—¿Luego, según eso, usted no cree salvaje la fiesta del toro?

—¡De ninguna manera! La creo muy artística; tal vez y únicamente tenga algo de salvaje, en las novilladas. Pero en las corridas serias de buenos lidiadores, me parece una fiesta de alegría y de arte. A mí me encanta esa emoción de ver al hombre valeroso delante del toro, eterna-

mente muerto, y, gracias á la magia de su capote y su destreza, eternamente salvado.

—¿Cual ha sido el día más feliz que ha tenido usted en su vida política?...

Meditó indeciso. Al fin...

—Hombre, temo que no lo va á creer el que lo lea... Pero esta es la verdad de mi corazón. El día más feliz de mi vida fué el día que Moret fué Presidente del Consejo por primera vez en 1.º de Diciembre de 1905; por cierto, día de mi santo. Para mí las cosas de aquel gran hombre eran más interesantes que las mías... Su recuerdo lo conservo con un tinte de dolor inexplicable. Yo entro aquí, en mi despacho, todas las mañanas á orar ante el retrato de mi amigo y me parece que va á hablar.

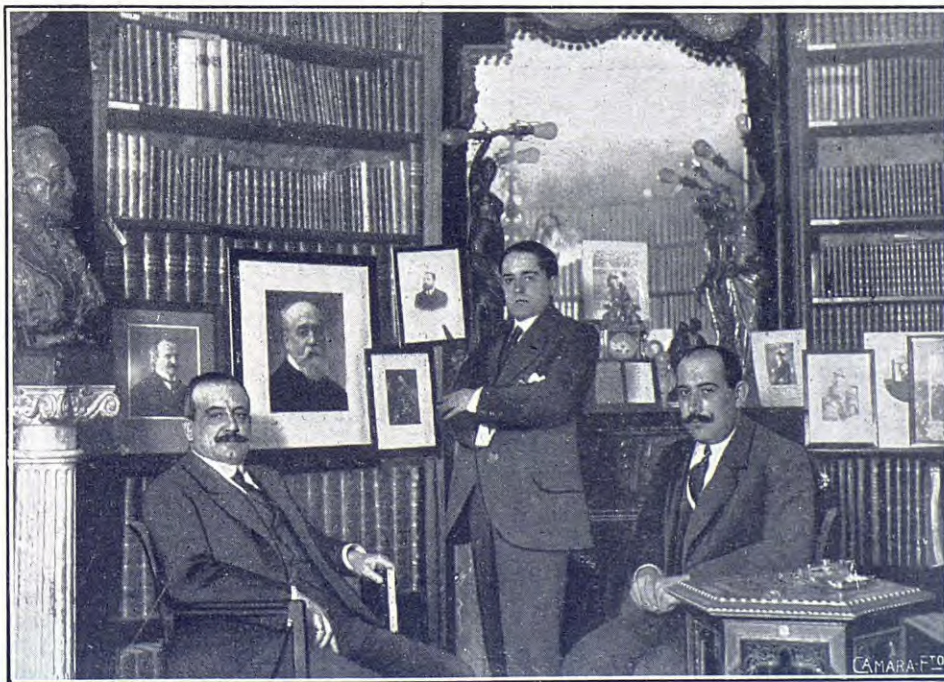
Los ojos de D. Natalio volvieron á entristecerse.

—D. Natalio—exclamé—. Veo que es usted un amigo leal y un hombre agradecido.

—¡Oh, sí!—dijo D. Natalio, lleno de noble orgullo—. La lealtad es mi rasgo político más acentuado. Y eso no es lo corriente, no. Aquí los hombres que gobiernan tienen que pasar la mitad de la vida defendiéndose de las asechanzas, de las intrigas y de las zancadillas... y claro, no pueden gobernar...

Calló D. Natalio. Un criado aparecía con una mesita bien repleta de jamón de Tréveles y de cañitas de manzanilla... Aquello tenía aroma de Andalucía.

EL CABALLERO AUDAZ



Natalio Rivas, en su despacho, con sus amigos Gómez Hidalgo y Pérez Olivares

CÁMARA-FOTO

CUENTOS ESPAÑOLES  
**EL PEREGRINO**

FIDEL Rodríguez, era decididamente un hombre afortunado. Su comercio de ultramarinos, el mejor de la villa, le producía pingües ganancias. Pero lo que había ensanchado el patrimonio del comerciante, no era la venta de productos alimenticios sino el capital que hacía circular entre los necesitados de préstamos y que transigían con abonar intereses abrumadores ó perder tierras hipotecadas. Y como fueron varias las víctimas que abandonaron el pueblo para reconstruir en tierras americanas los hogares que destruyó la avaricia de Fidel Rodríguez, se vió éste acosado por los rencores de sus convecinos. En más de una ocasión, no estallaron violentamente las animosidades contra el usurero gracias á la liberalidad de su mujer. Teresa era lo contrario que su marido: buenísima, misericordiosa, pronta para correr en socorro de cualquier infortunio. ¡Cuántas veces las monedas que la sordidez de Fidel arrancó de manos pobres volvieron á las mismas, gracias al espíritu generoso de Teresa! Muchos agraviados por la codicia de Fidel quisieron vengarse lanzando rumores absurdos referentes á Teresa.

Tan solo consiguieron las comadrerías que se patentizase la firme honra de la mujer y que los celos del esposo se agudizaran. ¡Triste vida la de aquella hembra vigilada constantemente por su marido! Hasta en el matrimonio había tenido suerte Rodríguez. Su padre, poco antes de morir, fué quien le proporcionó aquella boda con una señorita de la capital cercana. Una tía de Teresa, que al quedar ésta huérfana, la recogió, contribuyó con el padre de Fidel á que los muchachos se unieran. Teresa se resistió al principio. ¡Hundir su juventud en un pueblo, en otro ambiente social distinto al que sus padres, burgueses arruinados, la educaron en la mocedad! Su tía se encargó de desvanecer los recelos de la muchacha. Estaba la tía muy achacosa. Y cuando la tía muriese, ¿qué sería de la sobrina faltando los recursos que la viudedad de aquella les proporcionaba para vivir estrechamente? Fué decidido en dos meses

Teresa y Fidel, se casaron.

Y allí, en el pueblo, llevaba ya la mujer veinte años en un vivir de aplastante monotonía junto al Otelo expendedor de aceite y pan-girista de la usura.

ooo

Teresa vió entrar á Fidel gruñón y maldiciente:

—Nada. Esos sinvergüenzas se han salido con la suya. En el tren de las doce llegarán los que vienen á discursar en medio de la plaza. Con el diputado del distrito vienen otros charlatanes compañeros suyos del Congreso. Y todo para soliviantar al pueblo; que si mucha igualdad, que si mucha fraternidad, que si muchas narices. Ya verás como también me toca la de perder después que muchos oigan á esos sacamuelas. ¡Cómo que no agrada poco á los que deben, oír el consejo de que no paguen! Yo no los quiero escuchar. Me quemar la san-



gre. Iré á pasar esas horas en el huerto. ¡Ah! Si llega la carta de Pérez con el talón de los quesos, manda al muchacho á recoger los cajones.

ooo

Hasta la tienda de Fidel Rodríguez llegaba el eco del bullicio en la plaza próxima. El palmoteo de las ovaciones coreando la rotundidad de una parrafada elocuente hizo que germinara en Teresa el deseo de la curiosidad. ¿Por qué no llegarse un minuto á la plaza para ver el aspecto que ofrecía? Rápidamente lo decidió. Y con caminar presuroso, como si su honrada conciencia la reprochase por aquel impulso, se dirigió hacia el límite de la calle que desembocaba en la plaza del pueblo. La muchedumbre, silenciosa, rodeaba la tribuna en la que gallardo erguía un orador. Viendo á éste creyó Teresa soñar. Se restregó los ojos. ¿No era Pedrín, su antiguo novio Pedrín, al que tantas veces después vió ella retratado en los periódicos prodigadores de alabanzas para el orador insigne? Sí, era el mismo: con su voz insinuante, con su mirar vivo, con su apostura á la que ocho lustros vencidos no restaron arrogancias. Cuantas veces vió retratado á Pedrín en las revistas, evocó aquel breve, aunque intenso amorío, destrozado por la ausencia del mozo que abandonó la capital provinciana para ir á estudiar en Madrid. Pero aquellas fotografías no consiguieron lo que en un minuto había logrado la presencia del antiguo dominador. Teresa, la honrada, la esposa leal, la siempre recluida en aquel pueblo triston, sintió que la envolvía una sensación hasta entonces ignorada oyendo que la voz vibrante de Pedrín decía:

—Soy entusiasta peregrino que va por todas partes predicando la generosidad que debe salvar á los que sufren y el amor que debe redimir á los esclavizados.

Teresa no tuvo bríos para seguir escuchando. Y, convulsa, con el corazón por vez primera en batalla formidable con la conciencia, se reintegró á su refugio conyugal.

ooo

Teresa no dormía. Fidel, roncaba. El silencio del nocturno fué rasgado por exclamaciones callejeras:

—¡Viva D. Pedro Artales!

—¡Viva el amigo del pueblo!

Fidel Rodríguez, despertó huraño:

—Gracias á Dios que se largan esos tíos. ¡Así descarrilara el tren!

Ahogó Teresa un suspiro.

Y, en tanto el bueno de Rodríguez roncaba, el corazón de Teresa, repetía quedamente las palabras que allí quedaron grabadas para toda una vida:

«Soy entusiasta peregrino que va por todas partes predicando la generosidad que salva á los que sufren y el amor que redime á los esclavizados.»

DIBUJOS DE ESPÍ

BENIGNO VARELA

## SOMBRAS ERRANTES



EL cuento más hermoso de Scherezada es el cuento de su vida. Ninguno de *Las mil y una noches* tiene la melancolía y el dramatismo, á par de la opulencia, que esa terrible y bella fatalidad que obligó á una mujer á burlar la muerte, á burlarla tejiendo sobre el esqueleto un tapiz de voluptuosidades.

Desde entonces no se han separado nunca la tristeza y el esplendor y la carnal hermosura allá bajo el cielo de Oriente. Como en el estío las estrellas diríase que enloquecen y emprenden sus magníficas carreras de oro, así á lo mejor cruza el mapa occidental una moderna Scherezada, y la amarga dulcedumbre asiática se convierte en un vibrante dolor...

Triste destino de las grandezas pasadas cuando intentan revivir en medio de la constante profanación actual. ¿Recordais la ironía del tiempo para aquella momia de aquella princesa faraónica? En su urna llegó el venerable vestigio á las aduanas de nuestra frontera con Francia. Incertidumbre de los empleados, que no encontraban en sus libros oficinescos la tarifa que debía aplicarse á la momia de la princesa. Tampoco en los anaqueles de la covachuela se hallaba un volumen de Teófilo Gautier. Por fin, el cónclave de los aduaneros resolvió que la milenaria encantadora pagase como un envío de bacalao.

Scherezada, viuda de un sultán y de las originarias tradiciones, se ha hecho bailarina de *music-hall*. El pandero de amplias sonajas, los collares, sus mantos fabulosos, toda la magia de un exotismo que después de visto sigue pareciendo soñado, ha de someterse á la fiscalización de las básculas en los muelles del ferrocarril. Y la bayadera que movió á un príncipe remoto á que plantase un patio de naranjos, con la ilusión de que en Abril hubiese como una fragante nevada, ahora ocupa cuartos de hotel, sin otra perspectiva que las calles municipales. Y en vez de la guardia solemne, los acomodadores del teatro. Y en lugar de los tigres, el gato de los pasillos...

Ambar, bronce, oro, las naranjas, granadas, sol, sangre... La piel de Scherezada ha sido teñida y pulimentada con tantas doradas opulencias. Sus pupilas alcanzaron un brillo mineral. Semeja su cabellera la cola de un caballo negro de poema. Sus dientes deslumbran con su blancura. Y los hombros caídos y redondos para dejar que la caricia de la mano feliz resbale por la espalda tan armoniosa. El vientre desnudo y obligado á la afrodísaca expresión. Largos silencios de estatua ó de esfinge. Actitudes encogidas y fácilmente trémulas. De improviso, la rebeldía gallarda, pero inútil...

Extraña mezcla de orgullo y de humildad, de

ostentación y de ocultamiento; la Scherezada, desposeída, va por el mundo sin preocuparle que arrastre por el fango su túnica imperial. Las gentes occidentales acaban de sacrificar al espectro errante para glorificar en su deseo el fantasma de la otra Scherezada.

Cuando en la penumbra del escenario la bailarina teje su ritmo de espasmo y de agonia, vagamente embriagada de lo desconocido cuanto sospechado, la muchedumbre evoca á la extraña mujer que tapaba los huesos de la Muerte con los hilos maravillosos de un inconsútil tapiz..

Hay en el cielo una sonda de almas de otras civilizaciones, de edades pretéritas que parecen sufrir la condenación de no disolverse nunca en el sol ó la luna. Por el contrario, de Scherezada sobrevive el cuerpo, que es como una antorcha que convoca las pobres voluntades humanas á una noche del sábado para un desesperado y placentero agotamiento. No acudais á la cita. Scherezada sale rendida de su sesión de baile y no fué á la selva, ni á la orilla del mar, sino al hotel. Su vida ya no es el cuento más hermoso de *Las mil y una noches*...

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

DIBUJO DE BARTOLOZZI

ANÉCDOTAS CONTEMPORÁNEAS  
**EL ARCHIDUQUE LUIS SALVADOR**

Visité Palma de Mallorca después de un viaje muy detenido por Asturias y Galicia, donde tuve ocasión de admirar hermosos paisajes que en nada desmerecen de los sitios más pintorescos de Suiza, llevando por lo tanto el ánimo al Archipiélago Balear bajo la influencia del placer que proporciona la Naturaleza cuando se la contempla en las horas afortunadas de reunirse primores, maravillas y bellezas en el horizonte que domina nuestra vista.

En Palma de Mallorca contaba yo, y así sucedió, con poder adicionar nuevas notas de color al hermoso cuadro que la imaginación había trazado contemplando los deliciosos valles, las suaves colinas y agrestes montañas de Asturias y Galicia.

La travesía la hice en pocas horas y con grandes comodidades en el hermoso vapor *Jaime I*.

La expedición fué tan bien aprovechada, que reuní interesantes notas que me permitieron publicar una serie de artículos en que estudiaba todas las actividades de Palma de Mallorca; pero con atención preferente, su progreso agrícola y económico.

Visité Sóller y Miramar, adonde fuí con el propósito de cumplimentar al archiduque Luis Salvador.

El Archiduque estaba instalado en una gran casa que respondía cumplidamente á las necesidades y gustos de un rico hacendado; pero, ni en el interior ni en el exterior, se veían trazas que denunciasen la residencia de un individuo de la familia real de Austria. Fué recibido inmediatamente de ser anunciado, y su alteza estaba en un amplio comedor. Me enseñó la disposición en que tenía las manos, para demostrar que por enfermedad no podía estrechar la mía. Ya me había capacitado de ello al saludarle, pues unas vendas anchas le cubrían por completo las dos manos. La obesidad de su alteza era extraordinaria, hasta el punto de que, para ir á la capilla á oír misa, tuvo que apoyarse en los brazos de dos individuos de la servidumbre.

Era la capilla en extremo reducida, pero á



El mirador Des Creué, en Miramar (Palma de Mallorca)  
 Fotografía hecha por el archiduque Luis Salvador

pesar de esto, encerraba verdaderos tesoros, pues las imágenes y objetos que en ella había fueron testimonio de amistad ofrecidos por augustas personas al Archiduque. Había pocos asientos y resultaban de forma tosca y nada cómoda. En el país se conocen con el nombre de *estormías* y se construyen formando el armazón de palmera y el relleno de paja.

Los pintores de paisajes tienen desde los miradores de la extensa finca del Archiduque un caudal inagotable de inspiración, porque la montaña, el arbolado, el mar y el sol ofrecen tan variados contrastes, que no es posible pedir mayores y más hermosas armonías á la naturaleza.

Hablé en aquella excursión con algunos individuos de la comarca, y pude apreciar que ciertas genialidades del Archiduque daban vida al disgusto de los campesinos que viven en los caseríos inmediatos á Miramar. No consentía su alteza que se recogiera el fruto de los olivares ni que se extrajera leña de la posesión, pues gustaba de ver todo el arbolado en su ordinaria rusticidad. Decían los campesinos que el Archiduque había pagado por las tierras adquiridas cuatro veces más de lo que valían, mostrándose en extremo liberal en todos sus contratos; pero el hecho de no aprovechar los rendimientos de tantas hectáreas de arbolado diverso, merecía de aquellas gentes amargas censuras.

Con gracejo extraordinario nos refirió un campesino la siguiente anécdota de su alteza:

Un arriero de aquellos contornos caminaba con varios mulos cargados de carbón vegetal, y habiendo calculado mal las fuerzas de uno de

los animales, éste, falto de resistencia, al subir una cuesta dió con la carga en el suelo. Era inevitable para levantar al animal quitarle la carga, y esto lo pudo hacer el arriero sin grandes dificultades; pero la faena de colocar sobre el animal los fardos era empresa imposible, porque se precisaba el concurso de otra persona que sujetara el bulto de la derecha en tanto que él ponía el de la izquierda y cruzaba las cuerdas que habían de amarrar los fardos.

El Archiduque, que daba muy largos paseos y que vestía de tal guisa que, no conociéndole, se le tomaba por un hércules del país dispuesto á las más rudas faenas por merced muy mezquina, acertó á pasar por el sitio en que el arriero estaba en tan grave aprieto, y en el acto se le ofreció para remediar el daño. La ayuda era como providencial, pues las fuerzas extraordinarias de su alteza dieron pronta y satisfactoria solución á las complicaciones del malaventurado arriero. Este, en el colmo de la satisfacción, quiso testimoniar al Archiduque sus mejores sentimientos de gratitud, y registrando los bolsillos del chaleco encontró una moneda de diez céntimos que puso en las manos de su alteza, diciéndole: —Toma, para que bebas unas copas.

El Archiduque conservó la serenidad, guardó la moneda, y esta fué como un gran trofeo de su propietario, pues la colocó en una suntuosa vitrina con un letrero que decía: «Este es el dinero que mejor he ganado en mi vida».

Esta versión la oí después á personas de muy distinto rango social y, por mi parte, sólo puedo decir que, *se non e vero...*

Era su alteza de gran sencillez de costumbres y su alma estaba siempre abierta á todas las generosidades.

Oí en Palma de Mallorca los más diversos comentarios acerca de las causas que habían inducido al Archiduque á vivir en aquella isla alejado muchos años de la Corte de Austria.

Se instaló el Archiduque en Miramar porque



El archiduque Luis Salvador, en 1867



El archiduque Luis Salvador, en 1910



La torre del Verger, en Miramar

el suelo, el clima y el carácter del país satisfacían cumplidamente sus anhelos de turista.

Su alteza, que hablaba y escribía el mallorquín y el español correctamente, publicó un folleto en alemán y español con el título «Lo que alguno quisiera saber». En este interesante trabajo dedicado á los miembros de la Sociedad para el Fomento del Turismo, se evidencia que su alteza había recorrido la isla de Mallorca en todas direcciones y que conocía las condiciones del país mejor que los allí nacidos.

Tengo á la vista el folleto citado y voy á copiar algunas líneas para demostrar que mis afirmaciones no son gratuitas.

En la página 43 se lee lo siguiente:

«Una cuestión que á muchos se presenta es la del coste de instalación de una modesta morada. Este de seguro no sobrepusará al de otros puntos del Mediterráneo; y si bien no será tan reducido como en Italia, asimismo, en general, será quizás más bajo que el precio medio. Los terrenos no son exageradamente caros, y la mano de obra puede decirse módica. Los vívres son acaso más baratos que en otras cercanas costas y, en general, de mejor calidad. Pescados, crustáceos y toda clase de mariscos son muy abundantes. Frutas de las mejores calidades, legumbres en rica cantidad en todas las estaciones, y también la carne, si uno se contenta con la del ganado lanar, no dejará nada de desear. El vino ba-

rato y de buena calidad; las muchas variedades de almendras é higos secos no han de quedar inadvertidos. Los apreciados embutidos, como también los numerosos y excelentes platos de repostería, dulces y bizcochos que se hacen en la isla, serán suficientes aun para los más difíciles de satisfacer.

Una circunstancia única, verdaderamente primera á registrarse, es la tranquilidad del país y lo atento de la población, en medio de la cual, cualquier extranjero sin recelo puede vivir confiado; ventaja esta que no se encuentra en otras muchas de las más favorablemente situadas islas mediterráneas.

Hasta el día de hoy se ha conservado la vieja costumbre de no cerrar las casas en el campo, por si acaso alguno, pasando por allá, algo de ellas necesitare.»

En mi conversación con el Archiduque adquirí el convencimiento de que, para su alteza, sólo había una isla *Afortunada*, que era Mallorca.

A estos afectos y entusiasmos correspondieron siempre con noble reconocimiento los isleños, y así procuraron demostrárselo al Archiduque declarándole hijo adoptivo de la Diputación y del Ayuntamiento de la capital.

Las ciencias y las artes tuvieron siempre en su alteza un entusiasta y competente cultivador.

Fué siempre amante de la naturaleza, y las solicitudes de la política jamás ganaron su voluntad.

Viajó mucho y en sus libros ha dejado recuerdo perdurable de su gran espíritu de observación y vasta cultura.

El Archiduque llegó á Palma por primera vez en el verano de 1867, contando poco más de diecinueve años. Ha fallecido en su castillo de Brandeis el 12 de Octubre de 1915.

Hasta ahora se desconoce su disposición testamentaria, pero los que más motivo tienen para juzgar con acierto de estos particulares, dan como hecho indudable que los mallorquines tendrán para con su alteza un nuevo motivo de eterno reconocimiento cuando se haga público el destino que está reservado á la soberbia posesión de Miramar.

Francisco RIVAS MORENO



Mirador de La Ferradura, en las posesiones del archiduque Luis Salvador  
Fotografías hechas por S. A.

# EL JUEGO DE "LAWN-TENNIS" EN MADRID



Condesa de Llovera, María Rózpide, Carmen Portago é Inés Gomar, que ganaron las pruebas finales, ob-  
 niendo los premios

U no de los deportes que cuenta con mayor número de adeptos y aun de cultivadores entre el bello sexo, es el elegante juego del *lawn-tennis*, en cuyos partidos rara es la vez que no toma parte alguna señorita, contribuyendo con lo grácil y airoso de su silueta á hacer más amenas é interesantes las jugadas.

El Real Club de Puerta de Hierro es uno de los lugares donde con más frecuencia se cultiva este aristocrático *sport*, y de un importante Concurso recientemente celebrado en dicho sitio, ofrecemos hoy á nuestros lectores las presentes fotografías. Las pruebas, en las que sólo tomaron parte señoritas, fueron presenciadas por S. M. la Reina Victoria y un público selectísimo, resultando vencedoras en las finales la Condesa de Llovera y las señoritas María Rózpide, Carmen Portago é Inés Pomar, las cuales lograron alcanzar la victoria, acompañada de artísticos premios.

Condesa de Velayos, Inés Gomar, María Rózpide y Zia Bey, durante los partidos

S. M. la Reina Doña Victoria y la condesa de Velayo, presenciando los partidos finales  
 FOTS. MARÍN

Mildred Caro, Carmen Portago, Rayné Post y condesa de Llovera, durante los partidos

## HORAS TRÁGICAS

# LA EVACUACIÓN DE HERIDOS

SEDIMENTOS dolorosos de la tenaz pelea son los convoyes de heridos, cuya metódica evacuación de los campos de batalla constituye uno de los más difíciles y urgentes problemas á cargo del cuerpo de Sanidad Militar.

En la línea de fuego puede utilizar el herido, si no lo es de gravedad, la cura individual que al efecto lleva en la bolsa, saco-morral ó mochila, y aun puede tener el inmediato auxilio de los enfermeros regimentales encargados de prestar los primeros cuidados y de transportar á los heridos al cercano puesto de socorro, al que llegan por su pie los que no necesitan para el transporte ajena ayuda.

una duración de carga de dos horas y media y una velocidad de marcha de 40 kilómetros por hora.

Los trenes sanitarios improvisados con aparatos Bry-Ameline ó Bréchet-Desprez-Ameline, son cuatro por hospital de evacuación. Cada uno se compone de 40 vagones, de ellos 33 para los heridos y siete para el personal médico y los servicios. Cada vagón lleva 12 heridos acostados, ó sea 396 por tren.

Dura, por término medio, el transporte cinco horas, y dos el embarque; estos trenes tienen velocidad comprendida entre 24 y 50 kilómetros por hora.

Roja atienden solícitas, con cristiana y patriótica caridad, á los soldados que el plomo enemigo dejara fuera de combate. Con las consiguientes precauciones son transportados los heridos al hospital, acondicionando las camillas en los coches Lohner. He aquí cómo describe un enfermero inglés la entrada de los nuevos heridos en las ambulancias del campo de batalla antes de ser evacuados á un hospital.

«Todo el mundo está en su puesto; á un recién llegado se le tiende sobre la mesa de operaciones. Mientras que los ayudantes del mayor preparan los instrumentos y descubren la herida, un «escribiente» se aproxima al soldado, busca



Embarque de heridos ingleses, á bordo de un tren sanitario, en las líneas de Flandes, con asistencia de las enfermeras británicas

En estos puestos se practican en realidad las curas de urgencia, y en camilla ó en coche sanitario son llevados á las ambulancias, donde se realizan las curas y muy rara vez grandes operaciones quirúrgicas, imprescindibles para la vida del herido.

Luego, clasificados según la índole de sus heridas, sentados, de pie ó acostados, en coche-automóvil son llevados al hospital de evacuación, alejado de la línea de fuego y en lugar donde haya estación ferroviaria; transcurrido el tiempo prudencial para este nuevo traslado, los trenes sanitarios conducen los heridos, solícitamente atendidos por médicos y enfermeros, á los hospitales militares del territorio ó á uno de los numerosos hospitales auxiliares que improvisó la beneficencia patriótica en todos los pueblos beligerantes.

En tiempo de guerra todo tren ordinario lleva en Francia cuatro vagones reservados para las diarias evacuaciones de enfermos y heridos. Hay además cinco trenes sanitarios con capacidad de transporte de 256 heridos acostados, de

Los enfermos y heridos que pueden viajar sentados se transportan en trenes ordinarios con carruajes de 1.ª y 2.ª clase. Estos trenes viajan solamente de día, y si es preciso continuar el viaje, se detiene el convoy durante la noche en localidades importantes, cuyo comandante militar procura á los heridos alimentación y alojamiento. A veces en estas localidades de tránsito continuo se disponen enfermerías en los mismos locales de la estación para el reposo de los enfermos y heridos en la noche de estancia.

La capacidad de estos trenes es para 1.500 heridos sentados; el tiempo de duración del embarque una hora, y la velocidad de marcha del convoy de 30 á 50 kilómetros por hora.

Un tren sanitario lleva para el cuidado de los heridos un médico jefe y otro auxiliar, un farmacéutico, un oficial de administración, dos oficiales enfermeros, tres cabos y 39 sanitarios.

Los heridos en la cabeza que no deben viajar demasiado tiempo, quedan en ciertas estaciones del trayecto para su nueva curación.

En los finales de la etapa, damas de la Cruz

su medalla de identidad, le interroga sobre su regimiento, su compañía, su grado, y anota todo ésto en el «carnet de entradas». Después, cuando el pobre muchacho queda limpio y curado y se le envuelve en tela blanca, otro *scribouillard*, como le llaman los soldados, le cuelga del pecho una ficha de diagnóstico que regulará el medio de evacuarle.

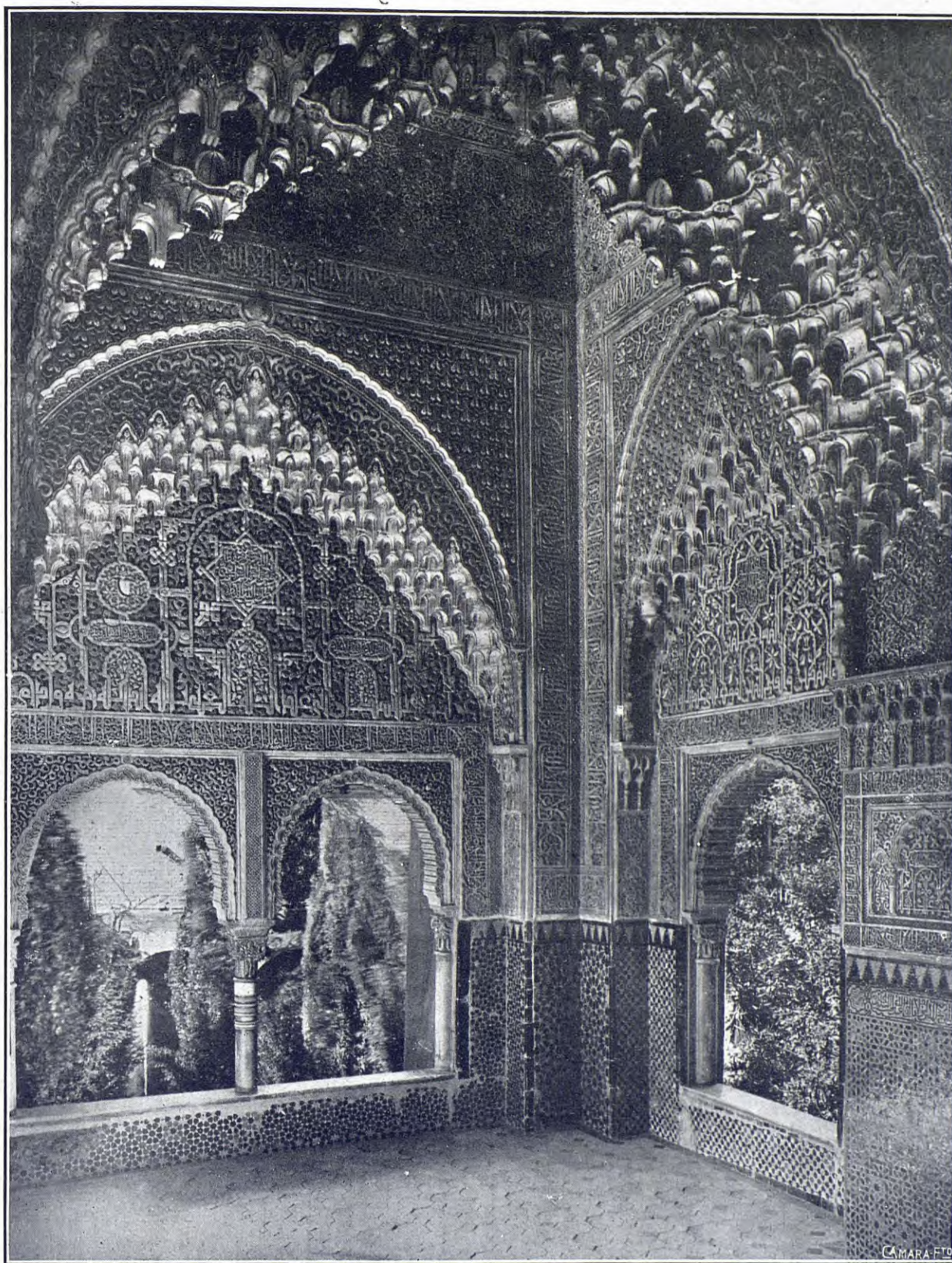
»Enseguida dos hombres despliegan una camilla y le colocan con todo el cuidado. Y en estas salas, así llenas poco á poco, uno clasifica las armas y municiones de los que han ingresado, otro distribuye las raciones, un tercero les da de beber, mientras que arrodillado cerca de los heridos, hay alguien que escribe una carta, seca de lágrimas, pero llena de esperanzas...»

¡Caridad, cristiana caridad, que aminoras los dolores de los hombres que riegan con su sangre generosa y brava el suelo que defienden con heroísmo!

AURELIO MATILLA

DIBUJO DE MATANIA

ORIENTAL



El mirador de Lindaraja en la Alhambra, de Granada

FOT. TORRES MOLINA

Dime, Alhambra, ¿dónde fueron los artifices que alzaron tus paredes? ¿Dónde están los que tus techos doraron y tus muros revistieron con las suras del Corán?

¿Qué ha sido de tus sultanas, de tus bravos reyes moros, los de los grandes tesoros y las cautivas cristianas que deshicieron en lloros sus amarguras insanas?

Ya en tus soberbios salones no emiten sus blandos sonos las dulces guzlas moriscas, ni danzan voluptuosas, sobre una alfombra de rosas, las hermosas odaliscas.

Ya no hay zambras ni festines, ya los fuertes paladines gomerés y abencerrajes

no cruzan por tu recinto, con la cimitarra al cinto y los relucientes trajes.

Tus torres se ven en ruinas, tus estancias peregrinas dejó el hijo de Mahoma; aquel que aspiró indolente reclinado muellemente el embriagador aroma del Oriente.

La raza que te dió el ser no celebra hoy como ayer, de las antorchas brillantes á la roja, viva luz, los reveses del cristiano; ni en tu seno, como antes, confundido el mahometano ve los triunfos de la Cruz.

De Granada la grandeza ya es pasada; sus ríos murmuradores en el mar al acabar

sus angustias y dolores le cuentan al ancho mar, mientras que las tiernas aves en sus cantos tan suaves van diciendo sus quebrantos. ¡Alhambra! en tus alamedas gime el céfiro; remedas por lo sola y triste, una jaula desierta y hermosa hecha con hojas de rosa y puros rayos de luna.

Tu patio de los leones solitario está y sombrío, de tus fuentes las canciones claras, modulan tu hastío, y en tu harén ya no hay mujeres circasianas, bereberes, provocando los placeres y los carnales antojos con los ardientes destellos

de sus bellos dulces ojos.

Comprendo que al divisarte desde el Padul, y que al darte á enemigos de su ley, Boabdil, lleno de emoción, suspirara y te llorara sufriendo el poder del rey de Castilla y de Aragón.

Pues si igual que al granadino aquel, tu dueño el destino me hiciera, ¡Alhambra gentil! para perderte otro día, del alma mía en el fondo un suspiro brotaría, ¡suspiro tal vez más hondo que el suspiro de Boabdil!

JOAQUIN M.º DIAZ SERRANO



LEYENDAS Y TRADICIONES  
MADRILEÑAS

## LA COSTANILLA DE CAPUCHINOS

**N**ECESITAMOS NOSOTROS, hombres dados á la piedad, el ejemplo y la enseñanza que se desprenden del conocimiento de la historia de pasados tiempos, para convencernos de que el progreso no es un mito, ni el perfeccionamiento espiritual de la especie humana una quimera filosófica sin ninguna realidad.

Cuando vemos, por ejemplo, el martirio y el sacrificio de pobres animales ante un público que ruge lleno de crueldad y ávido de sangre, experimentamos la necesidad de comparar este espectáculo con otros no muy remotos para deducir la consecuencia relativamente consoladora de que entre el pueblo que se divierte con el sufrimiento de toros y caballos, y el que antaño disfrutaba con el dolor humano, existe la diferencia que separa la taurina fiesta de los autos de fé, lo cual ya es algo para justificar el innegable progreso humano, tan soberbiamente defendido por Eugenio Pelletan, en su famosa polémica con Alfonso de Lamartine.

¿A qué vienen estas disquisiciones sentimentales hablando del origen de una calle? A que esta misma calle debe su nombre á un suceso cuyo epílogo tuvo lugar en solemne fiesta de sangre, con la quema de un pobre matrimonio acusado de horribles profanaciones...

ooo

He aquí lo que la Historia nos relata acerca de aquel hecho:

Vivía en la calle de las Infantas en el sitio que hoy es Plaza de Bilbao, á fines del reinado de Felipe II ó principios del de Felipe III, un comerciante que habitaba en casa propia con su mujer y su hijo. No sabemos cómo aquella familia atrajo hacia ella la enemiga de vecinos envidiosos; pero es lo cierto que un maestro de escuela, tomó á su cargo el turbar la paz de aquellas gentes no deteniéndose en sus propósitos hasta que logró hacerse dueño de la débil é infantil voluntad del niño al que sugirió la funesta idea de acusar á sus propios padres.

Consistían las imputaciones del niño, en afirmar bajo juramento que así que anochece y sus progenitores se quedaban solos, cerraban las puertas, bajaban al portal y se entretenían bárbaramente en azotar á un Cristo que allí había. Dióse cuenta de lo dicho por el niño al Santo Tribunal de la Fé, y una noche presentáronse en el domicilio de los comerciantes los familiares del Santo Oficio, se apoderaron del matrimonio y lo encerraron en los calabozos de la Inquisición.

El proceso siguió su curso girando todo él alrededor de las declaraciones del niño y el comerciante y su mujer fueron condenados á ser quemados vivos.

La horrible ceremonia de la ejecución de aquellas víctimas de un estado social de fanatismo, tuvo lugar con la solemnidad acostumbrada en aquellos tiempos en que los mismos Reyes honraban con su presencia fiestas como la citada.

Murieron los comerciantes haciendo protestas de inocencia; sus cenizas fueron aventadas y la

casa en que habitaron demolida y sembrada de sal.

A todo esto, al divulgarse el suceso, fué creciendo la milagrosa reputación del Cristo, que á partir de aquel entonces, tuvo apellido especial, llamándosele Cristo de la Paciencia, atendiendo á la que había mostrado sufriendo las profanaciones de que fué víctima.

ooo

Malditos aquellos lugares, ostentaban las señas de la implacable justicia humana, sin que nadie fuera osado á edificar en sus proximidades. Pero los hermanos Capuchinos después de recoger el Cristo levantaron sobre el terreno sembrado de sal una Capilla, que no tardó en convertirse en Iglesia y luego en Convento de Capuchinos de la Paciencia.

ooo

Pasaban los años. Sucediáanse las generaciones en cuyo espíritu ibanse templando las rudezas de un pasado sanguinario. Los hombres ya no eran perseguidos por sus creencias. La fé, la verdadera y humanitaria fé, empezaba á reinar sobre las almas unguidas ya con el santo

amor de Dios, expresión del santo amor al prójimo. La leyenda del Cristo, de los comerciantes, y del delito de éstos, así como el recuerdo de su castigo, fuéronse olvidando. Quedaba solo la realidad de aquel Convento edificado en el lugar donde estuvo la casa que fué arrasada. Y como con los tiempos que llegaban, venidos eran también hombres que luchaban por ideas que ellos tenían por indiscutibles, fué decretada su demolición por el ministerio Mendizábal, siendo Gobernador de Madrid D. Salustiano de Olózaga.

Llamaron los vecinos á la calle donde daba el convento, Costanilla de los Capuchinos, nombre que todavía ostenta, y el ya citado Gobernador, para conmemorar el levantamiento del sitio de Bilbao, propuso á las Cortes hacer de aquel inmenso solar, que ocupó el Convento, una gran Plaza. Así se acordó, formándose de este modo la Plaza de Bilbao, que, con la Costanilla de los Capuchinos, constituye uno de esos documentos que tan elocuentemente hablan al historiador del espíritu de una edad supersticiosa, fanática y sanguinaria.

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

DIBUJO DE ECHEA



# DE UN CERTAMEN ARTÍSTICO



DIBUJO AL LÁPIZ, ORIGINAL DE D. JOSÉ LÓPEZ TOMÁS, QUE HA OBTENIDO EL PREMIO DE S. M. EL REY EN EL CONCURSO DE DIBUJOS ALUSIVOS AL "QUIJOTE", ORGANIZADO POR EL "HERALDO DE MADRID" CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE CERVANTES

POLÍTICA EDUCATIVA  
**LAS MADRECITAS ARGENTINAS**



Nuevas profesoras normales y de francés, pertenecientes á la Escuela Normal del profesorado en lenguas vivas de Buenos Aires

De izquierda á derecha, sentadas: María Estela Somaza, Luisa E. Scaia, Rufina Bolino, Alicia Feijó Aguilar, María Isabel Escudé, Sara A. Arrieta, Anita Enríquez; de pie: María Luisa del Pino, Josefina Alfano, Matilde Roland, Adelina Bassi, María Blanca Ruiz y Elena Brenner

CADA año las Escuelas Normales dan á la Argentina numerosas maestras. Esto no tendría una gran importancia ó al menos sería un suceso igual al que acontece en todas las naciones, si la maestra en aquel crisol del sur extremo de América, donde se funde y se forja la grande, la espléndida nación del siglo XXI, no fuese un actor singular, especial, de esta admirable gestación de un pueblo neolatino.

Porque imaginad con qué extrañas yuxtaposiciones de raza se está formando esa nacionalidad. Dijérase que el espíritu de patria surge vivo de la tierra misma para inculcarse en los espíritus, borrando los distintos atavismos de origen y teniendo que luchar con la avalancha de una inmigración incansante: 122.000 españoles, 114.000 italianos, 20.000 otomanos, 19.000 rusos, 5.000 alemanes, 4.500 austro-húngaros, 4.500 franceses, 3.500 portugueses, 2.000 ingleses y otros tantos belgas, daneses, búlgaros, serbios, griegos, rumanos, suizos, etc., etc., cada año. Y esta perdurabilidad del hogar extranjero, constantemente renovado, es una fortaleza que hay que conquistar para que el espíritu de patria no se debilite. Así, cuando Richiotti Garibaldi quiere fundar la nueva Italia en la desierta Patagonia, las Cámaras argentinas rechazan la tentadora oferta de ver entrar de un golpe dos millones de italianos á fecundar la tierra hoy improductiva, porque la nueva nacionalidad necesita ir absorbiendo, modificando, argentinizando la avalancha extranjera, adaptándose y apropiándose, porque sus hijos y sus nietos serán los ciudadanos argentinos de mañana. Así, en cincuenta años, la nación que hoy no cuenta más que con ocho millones de habitantes, ha recibido cinco millones de emigrantes y los ha fundido en su propio pensamiento y en su propia obra.

¡Y qué labor de titanes! Para reunir una extensión de terreno productivo igual al que espera en la Argentina la labor de los hombres, sería preciso sumar los que poseen España, Francia, Canadá, Austria-Hungría, Rumania é Italia; cerca de doscientos diez y siete millones de hectáreas, y para tener la misma intensidad de población que estas naciones, la Argentina necesita atraer, crear y educar ciento cincuenta millones de ciudadanos. E imaginad entonces todo ese inmenso territorio, virgen y fecundo, puesto en explotación, y esa inmensa colmena

humana laborando y produciendo, y comprenderéis que hay un ensueño, un ideal, iluminando ese patriotismo que emerge de la tierra fecunda y prometedora y conquista la voluntad y el corazón de los extranjeros que desembarcan en las orillas del Plata.

¡Ah!, y la conquista se consuma en la escuela educacionista; en la escuela donde se capta —no hay otro verbo en castellano— á los hijos de los españoles y de los italianos y de los rusos y de los otomanos y se les hace en espíritu igual que á los chiquillos argentinos, que hay allá, en la gran nación de mañana patria sobrada para todos. ¿Cómo pudiera hacer la Pedagogía este milagro de adaptación y asimilación, si las escuelas no fuesen de educación común, si en ellas estos niños que tienen en sus ojos y en sus oídos la visión y la leyenda de una patria agría, inclemente, de la que hubo que huir por hambre de pan ó sed de justicia, no encontrarán un verdadero hogar donde hay una mujer que sonrío y acaricia, como la madre ó la hermana?

Son éstas las madrecitas—madres de ciudadanos, madres espirituales—que preparan las Escuelas Normales argentinas. Es esta la importancia que allí tiene la maestra. En la escuela de educación común conviven los niños y las niñas; conviven en la tarea intelectual, en los trabajos manuales, en los juegos. Así, las maestras también tienen que ir forjando el corazón de los varones, como hacen las madres en el hogar, cuando por instinto ó por educación saben ser madres, sin más diferencia que la madre, inconscientemente, guiada por su amor, quiere hacer de sus hijos, Buenos hijos, mientras que la maestra, por vocación, por sentimiento del deber, quiere hacer de los hijos de las demás, buenos ciudadanos.

Yo no sé si la escuela de educación común daría buen resultado en nuestros viejos países de Europa, sin un ideal, sin un anhelo, sin tener, en realidad, un hogar que sustituir, una vida infantil de alegría y despreocupación que dar al niño. Porque imaginad lo que es el hogar del emigrante; recién llegado, el temor de lo desconocido, la inquietud de las horas que corren sin que la Fortuna llame á la puerta y aparezca, como un hada, derramando puñados de monedas de oro y luego, en la tremenda y penosa lucha, con la inclemencia de la soledad de la Pampa y la dureza de corazón de los demás

hombres. Y menos mal, cuando el hogar no se ha formado allí mismo, precipitadamente, besfialmente, á espaldas de la Ley...

En estos hogares, aislados en un ambiente hostil, el niño suele ser un estorbo y una carga. No se ha ido allá, tan lejos, tan á la ventura, para amar, para hacer la vida apacible, serena, que se hubiese hecho en la aldea natal, al cobijo de los parientes, bajo la vigilancia comentarista de los demás vecinos. Se ha ido allá para luchar, para conquistar dinero, para asegurar la vejez, para hacer el indiano, y en esa inquietud y en esa preocupación no hay cariños en el hogar para la pobre chiquillería. Es en la escuela donde los encuentra; es en la escuela donde otros niños y otras niñas hermanan con su dolor y hacen revivir su alegría.

La escuela argentina no es un triste local cerrado, donde hay que estar con los brazos cruzados mascullando lecturas ó recordando definiciones extrañas apenas entendidas. La escuela argentina tiene un jardín, tiene un huerto, tiene un patio de deportes, tiene un gimnasio. Hay allí niños y niñas que estudian juntos y trabajan juntos y juegan juntos. Con estos niños y estas niñas, el hijo del emigrante, el niño sin patria, vivirá toda su vida; serán los amigos y los compañeros de mañana; podrán realizar planes que ya se van concibiendo al escuchar al profesor cómo les habla de aquellos territorios vírgenes donde está dormida la riqueza; territorios que avanzan hasta las fronteras todavía misteriosas de Bolivia y el Brasil, que escalan los Andes ó llegan á deshacerse en el mar del Sur, en la osada ruta de Magallanes... Allí también, como en un verdadero hogar, hay una madrecita; hay una maestra que aprendió en la Escuela Normal, cómo ha de servir á su patria, encendiendo la fe argentina y el ideal argentino sobre todos los atavismos de raza que pueda haber en estos niños que llevan en sus venas sangre de españoles, de italianos, de rusos, de otomanos, de húngaros, de franceses, de alemanes...

Así, hay que contrarrestar al hogar, hay que sustituirlo, hay que suplantar á la familia. Ved si la educacionista argentina no es en aquel crisol donde se funde y se forja la grande, la espléndida nación del siglo XXI, un actor singular, especial de esta admirable gestación de un pueblo neolatino.

DIONISIO PÉREZ

# BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



**CATALINA DOMÍNGUEZ Y PEREZ DE VARGAS**

Lindísima señorita sevillana, hija de la Baronesa viuda de Gracia Real, que ha sido reina de la fiesta en los Juegos Florales celebrados el día 18 del pasado en el Teatro Cervantes, de Sevilla

FOT. PÉREZ ROMERO



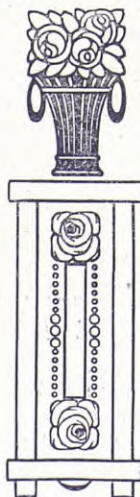
## LOS CIPRESES

Ciprés meditabundo, místico y solitario  
que aprendiste el misterio del crisol eterno  
cuando al caer la carne podrida en el osario  
viste esforar un nuevo botón en el rosal.

¿A dónde vuela el pájaro azul y visionario  
del espíritu? Acaso sepa su vuelo astral  
elruiseñor que, oculto, canta en el centenario  
ciprés sus melancólicas fermatas de cristal.

Des las barcas cargadas de pálidos viajeros  
entre un son de campanas y salmos lastimeros  
y el ir y el retornar de los negros barqueros.

¡Misterioso guardián de este largo camino  
que oyes día por día, el ritmo sibilino  
con que giran las ruedas eternas del Destino!



Centinelas hieráticos del amargo sendero  
por donde á veces pasa la Gloria y la Fortuna;  
tal vez sin alcanzarlas, se acoge el viajero  
á dormir vuestro sueño de paz, cava á la luna.

¡Dormir siglos y siglos! Cada siglo es un grano  
del reloj que Saturno rige en la inmensidad.  
A veces en el fondo del pensamiento humano  
surge una luz que hace sentir la Eternidad.

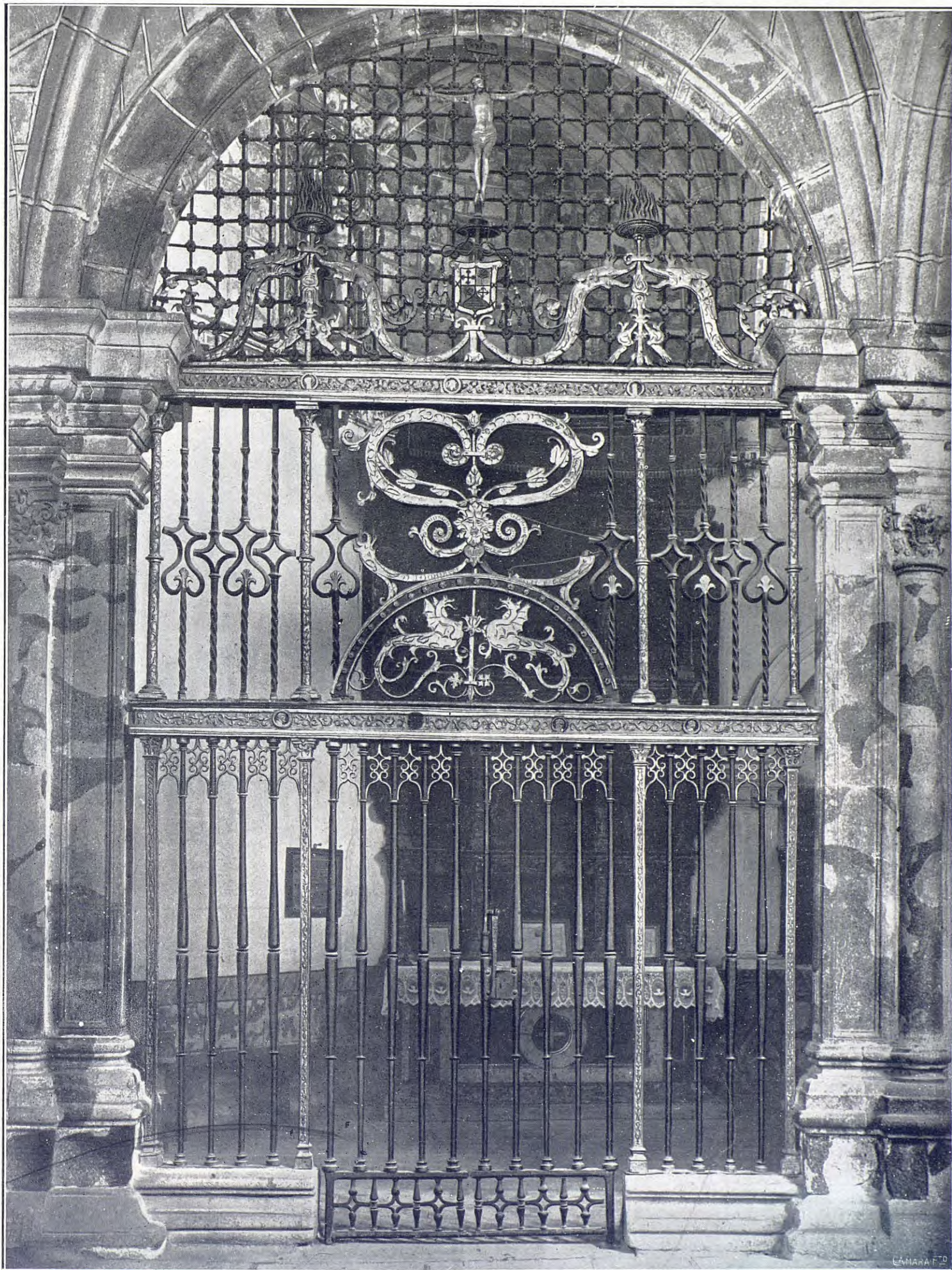
En vuestra forma está la gótica teoría;  
son la sed de ideal en la monotonía  
de la vida sin luz, cotidiana y banal.

Cipreses misteriosos, cual fakires hieráticos,  
estáis junto á la vida, como monjes extáticos  
con la vista en las nubes y el alma musical.

FOTOGRAFÍA DE SOL

E. CARRÉRE

# LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



PRECIOSA REJA DEL MAS PURO ESTILO PLATERESCO, QUE SE CONSERVA EN LA CAPILLA DE LAS CUEVAS DE LA CATEDRAL DE AVILA

FOT. LÓPEZ BEAUBÉ

## MOMENTOS HISTÓRICOS

# EL MAL FIN DE DON ALVARO

Acaeció el 2 de Junio de 1453



D. ALVARO DE LUNA  
Condestable de Castilla

Sopló contra la Fortuna, en la suerte del señor D. Alvaro, Condestable de Castilla, en el reinado de aquel monarca feble y tornado D. Juan el Segundo, y todo su poderío, que fué harto más grande que el poder real, dió en el suelo con el más desconcertado estrépito y algazara de la nobleza castellana.

Desde la cuna más humilde (y aun sobre humilde villana,

pues que Su Excelencia vino al mundo por la injuria de un prócer y el oficio de una moza destas que dicen del partido á quien llamaban la *Cañeta*), llegó al más alto puesto que se puede llegar sin ceñir corona ni tiara.

El solo fué Rey de Castilla durante más de cuarenta y cinco años, y dueño y señor de los más ricos lugares y alcaide de las más recias fortalezas. No hubo regalo ni satisfacción que la ventura no encadenara á sus pies como perrillo faldero y mimoso.

Riquezas, triunfos, así en los campos de batalla como en los palenques de la política, y aun en las veredas del amor, endulzaronle muchos días de su vida y le hicieron bendecir con harta gratitud cuanto crea Naturaleza para regalo y regodeo de las criaturas.

Pero tanta fábrica de honores y venturas tenía ciertamente base muy mezquina. Fuéronla minando las grandes y pequeñas pasiones, y con más crueldad que todas, la envidia y la ingratitude, que el núcleo de sus enemigos no estaba sino en gente que debíale cuanto era.

El verdadero chispazo que prendió fuego á la pira de sus infortunios fué aquel castigo secreto y prevenido como accidente casual, que dió á Alonso Pérez de Vivero, el cual roíale con grande provecho el favor del Rey.

Pensaba que con aquella venganza desviaba la marcha de su destino y no logró otra cosa que acelerar los propósitos de perderle que ya tenía el Monarca, y así alentó la conjuración que moviase contra su almirante.

Llamóle el soberano á su cámara, y aconsejóle que se retirara de la vida política, pues ya sus muchos años de servicio y el poco amor con que le miraba el pueblo, obligábanle á ello.

Respondióle D. Alvaro que estaba pronto á obedecer, aunque mucho le apenaba aquel extremo, pero que esperaba todavía como una gracia el permitirse aconsejarle las personas adictas y fieles que habrían de acompañarle en el viaje que Su Alteza tenía pensado hacer al reino de Navarra.

Pocos días después escribía D. Juan aquella cédula que dice:

«D. Alvaro de Zúñiga, mi alguacil mayor, yo vos mando que prendades el cuerpo de D. Alvaro de Luna, maestre de Santiago, é si se defendiese, que le mateis...»

Mas no hubo lugar á darla, porque el favorito, que se resistía en Burgos, en casa de don Pedro de Cartagena, entendiendo que la rebelión era cosa de los nobles, así como supo que el Rey no era ajeno á esto, determinó darse preso si le dieran ciertas garantías de seguridad para él y los suyos.

Decíanle sus más fieles que ni aun desta manera se confiara, pues ya tenía harto sabido el poco caso que podía hacerse de los juramentos del Monarca, pero él respondió gallardamente:

«Nunca quiera Dios que al cabo de mis días, el más leal, el más honrado caballero, mayor servidor que sin corona ha sido en su tiempo en todas las Españas, agora casi en fin de sus días, dejase tal nombre peleando contra su Rey

»y Señor, y dejase tal sepultura á sus hijos y á los descendientes suyos y contra su pendón real. Hagan Dios y el Rey de mí lo que les plazca, que yo no haré otra cosa sino ponerme en sus manos.»

Y con tales disposiciones de ánimo retiróse á su cámara y comenzó á ordenar tranquilamente todas sus cosas, como si tuviese á la muerte esperándole de allí á una hora.

Aconsejado por sus amigos (que no otra cosa pudieron conseguir de él), esperó á que cediera el tumulto.

Por el mismo Rey quedó preso el Condestable en la estancia que ocupaba en casa del dicho Pedro de Cartagena, y queriendo hablar á su Señor, atájole éste con mucho desdén, diciéndole, que él mismo, en otro tiempo, le había aconsejado que no hablase nunca con persona á quien mandase prender, y encargó de su custodia al mayordomo Rui Díaz de Mendoza.

Dos pajes solamente quedaronle por toda servidumbre, y la Historia conserva sus nombres: Alfonso de la Aldrada era el uno y Morales el otro.

Hízose un simulacro de proceso en el cual acusábase á D. Alvaro de un sinnúmero de prociadades y desvíos contra el Rey, que si fueren ciertos, antes dijieran peor de quien los sufrió que de quien los hizo, y como todo iba derecho, guiado por la reina (la cual érale deudora del trono) y por la nobleza para quitarle la vida, condenáronle, pues, á perecer en el Cadalso.

Yendo preso desde Burgos á Valladolid, pasando un lugar que dicen Portillo, supo el maestro su triste destino de labios del famoso maestro de Teología, Fray Alonso de Espina, que era ecliadizo para este mal recado. Ya no quiso D. Alvaro que le dejase hasta después de morir.

Al llegar á Valladolid lleváronle á parar á la calle de Francos, casa de Alonso Pérez de Vivero, y que era donde el favorito tenía por costumbre de hacerlo en mejores tiempos.

Amaneció su postrero día, que fué el 2 de Junio de 1453.

Muy temprano oyó misa y comulgó.

Poco después sacábanle para la última jorna-

da sobre una mula puesta de luto. Llevaba aire muy sereno y contrito.

Tundían los aires los clarines y los atambores, y de vez en vez la voz del pregonero que decía:

«Esta es la justicia que manda hacer Nuestro Señor el Rey á este cruel tirano, por cuanto él, con grande orgullo é soberbia, é loca osadía é injuria de la real majestad, se apoderó de la casa é corte é palacio, usurpando el lugar que no era suyo ni le pertenecía, é hizo é cometió en deservicio de nuestro Señor Dios, en el dicho señor rey é menguamiento é abajamiento de su persona y dignidad y del estado real, y en grande daño de su corona y deservicio de su patrimonio y perturbación menguada de la justicia, muchos y diversos crímenes, delitos, maleficios, tiranías y cohechos. En pena de lo cual le manda degollar, porque la justicia de Dios y del Rey sea ejecutada y á todos sea ejemplo, que no se atrevan hacer ni cometer tales ni semejantes cosas. Quien tal hizo, que tal pague.»

Llegado que hubo á la plaza del Ochavo, que es donde se alzaba el cadalso, apeóse por sí y subió con grande entereza la escalerilla. Despidióse tiernamente de los dos pajes, lo que conmovió no sólo á los dos muchachos, sino á toda la gente. El mismo arreglóse los pliegues de la ropa, y mansamente se dejó atar las manos con una cinta negra que arrancó de su ropilla.

Cuando se iba á poner en el tajo, viendo cerca un caballero del Príncipe, dijo:

—Ven acá, tú que estás mirando la muerte que me dan. Dí al príncipe, tu señor, que dé mejor premio á sus criados, que el rey, mi señor, manda darme á mí.

Llamóle la atención un garfio clavado en un palo; y sabiendo que era para colgar su cabeza en él, exclamó:

—Después de que yo fuese degollado, hagan de mí lo que más les plazca...

El acerado cuchillo segó su garganta.

Y aquel hombre, que fué el más poderoso de Castilla y aun de toda España, quedó enterrado de limosna, como los reos por delito común y los pobres de los hospitales.

A esto llamaban entonces *Justicia del Rey*.

DIEGO SAN JOSÉ



«El entierro de D. Alvaro de Luna», cuadro de Eduardo Cano



“La vendedora de uvas”, cuadro de Pastor Agudín, pintado expresamente para el Museo Nacional de La Habana

UN ARTISTA CUBANO  
**PASTOR AGUDÍN**

VARIAS veces le habíá visto en el Museo del Prado. Y siempre ante aquellos maestros que más rectas enseñanzas podían otorgarle.

Destacábase de entre la multitud de copistas, no sólo ya por su silueta negra que parece pedir esos trajes espléndidos—rojos ó blancos—del mago negro en las tablas de los primitivos flamencos por cómo es de gallardo, altivo y de inteligente rostro; sino también fijábase en él la mirada antes que en los demás por lo perfecto de su obra, tan identificada con el cuadro al que pedía la inspiración y los secretos técnicos. Nuestro Museo del Prado está enojecido de luminosos ejemplos para los espíritus sedientos de belleza.

Se ofrece como un gran señor pródigo de sus riquezas á los humildes y anónimos que ahora empiezan su camino; cual una mujer hermosea de todas las desnudeces y de todas las coqueterías que avanza al adorador tímido, tembloroso, incrédulo de tal bienaventuranza posible. Pero no á todos da su ejemplo, ofrece su fortuna y otorga su belleza el Museo. Es preciso llegar á él pura el alma, libérrima la mirada y experta la mano.

Así llegó Pastor Agudín, para quien el Museo del Prado es taller y regocijo á un tiempo mismo. Oye á los lienzos como un maestro y procura, además de entonar su paleta con las de pintores de otro tiempo, amoldar su sensibilidad á la sensibilidad ajena y superior. Así son de extraordinarias sus copias, desde la de *Los borrachos*, primera que hizo y remitió al Ayuntamiento de La Habana como primer envío de pensión y con un certificado oficial de la Dirección del Museo, hasta la que realiza actualmente de *La rendición de Breda*, pasando por otras no menos notables de Rubens, Ribera, Goya y el Greco.

Pastor Agudín es natural de La Habana y desde muy niño manifestó de tal modo su inclinación artística, que sus padres le colocaron en el taller de Arte Decorativo dirigido por D. Francisco Piera. De éste pasó al de D. Ma-

nuel Lorenzo, á quien ayudó á decorar el templo de Las Mercedes de su ciudad natal. Ya mejor orientado, un poco más «hecho», ingresó Agudín en la Escuela de Bellas Artes de San Alejandro, y bajo la dirección de artistas tan ilustres como Romañach y Menocal, obtuvo en todos los cursos notas de sobresaliente y diversos premios dentro de la Escuela y en la Exposición del año 1908.

En 1914 fué pensionado por el Ayuntamiento de La Habana, llegando á Madrid en Septiembre de dicho año, con tiempo de ingresar inmediatamente en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, en la que ha obtenido varios diplomas y una medalla por oposición. Además de la pintura, ha seguido Pastor Agudín en nuestra Escuela los cursos de escultura y modelo, bajo la dirección de Blay y Trilles.

Simultáneamente con esta labor de estudio, Pastor Agudín ha realizado la otra, más personal, de los cuadros originales. En la última Exposición Nacional de 1915 recuerdo haber visto una figura de campesino castellano muy castiza de factura y muy justa de colorido. Ha regalado al Ateneo un retrato de su Presidente el Sr. Labra y un cuadro que representa el salón de actos de aquel Centro.

Pero donde hallamos con más afirmativos caracteres el temperamento de Pastor Agudín, es en sus lienzos *Vendedora de uvas*, que destina al futuro Museo Nacional de la Habana, y *Pilluelos de Madrid*.

Clara y grata se nota la obsesión de los maestros realistas españoles en ambos cuadros.

Un gran acierto de composición y notable riqueza observadora vemos en ellos. También los tonos tienen su valoración exacta.

Todo hace esperar que el nombre de Pastor Agudín no tardará en unirse al extraordinario florecimiento artístico de Cuba, puesto de relieve ahora con motivo de la primera Exposición Nacional celebrada en La Habana.

S. L.



PASTOR AGUDÍN Y PEDROSO





I.—Amar a Dios sobre todas las cosas



II.—No jurar su santo nombre en vano

UNA OBRA DE VILLEGAS

# EL DECÁLOGO

OFRÉCESE durante estos días a la curiosidad del público y de la crítica, en el palacete de exposiciones del Retiro, un conjunto de obras de interés y méritos excepcionales. Tanto por su propio valor cuanto por el prestigioso nombre que las firma y el alejamiento de este nombre de la vida artística activa.

Es *El Decálogo*, interpretado en doce grandes lienzos por José Villegas, director del Museo del Prado y una de las más gloriosas reputaciones, en España y fuera de España, de nuestro arte contemporáneo.

Extraordinario alarde de potencialidad imaginativa, de riqueza colorista, de buen gusto decorativo marcan estos doce cuadros concebidos y resueltos cuando ya su autor se acerca al término de su vida y que, sin embargo, tienen el vigor, la frescura, la gracia de una obra de juventud.

Milagro es este cuyo secreto conserva Villegas y conservan otros artistas de su tiempo, como Pradilla, Muñoz Degraín y Ferrant que han sabido marchar con las distintas épocas y evolucionar paralelamente a las diversas renovaciones estéticas.

Significa, además, *El Decálogo* el generoso esfuerzo de un artista para nablar a la humanidad glosando los preceptos del amor y del bien, precisamente cuando la humanidad parece haberlos olvidado por completo. Surge también sólidamente afirmada la obra de Villegas en una firme base filosófica, en unos amplios cimientos ideológicos cuando desgraciadamente se limitan los pintores a resolver problemas de técnica, a conseguir armonías bellas, gamas mejor ó peor entonadas, pero con una ausencia de pensamiento que no podemos pasar sin grave censura.

Rompe, por último, con *El Decálogo* José Villegas su silencio de mu-

chos años. El maestro que tiene las más altas recompensas extranjeras y cuyos cuadros se han pagado a precios fabulosos y figuran en los museos nacionales de Europa y América y en reales pinacotecas de Alemania, Rusia é Italia, que ha sido un largo período de historia artística española director de la Academia de Bellas Artes de Roma y dirige actualmente nuestro Museo del Prado, uno de los primeros del mundo, no ha expuesto nunca en las exposiciones nacionales, y su estudio, en el que no dejaba de trabajar un solo día, estaba cerrado siempre para los que no fueran sus amigos íntimos.

Júzguese, pues, la importancia que tendrá esta exposición de *El Decálogo*, que si bien representa solamente el trabajo material de tres ó cuatro años, significa la obsesión única de su autor desde los días luctuosos de nuestro desastre colonial.

□□□

Pertenece *El Decálogo* a la tercera época del insigne pintor, a esta en que las máximas condiciones de colorido y luminosidad se acusan con más brillantez por la amplitud del procedimiento y se ajustan a un elevado y noble simbolismo.

De la primera época de Villegas es su cuadro representativo *El bautizo del hijo del coronel*.

Manifiesta era antes en Villegas la influencia fortunysta. El autor de *La vicaría* brillaba con tan intensos resplandores, que a su luz acudían como falenas los artistas de aquel tiempo. Unos para abrasarse en estériles vuelos; otros para salir de esa luz purificados, fortalecidos y poseedores de luminosidad propia, como Villegas.

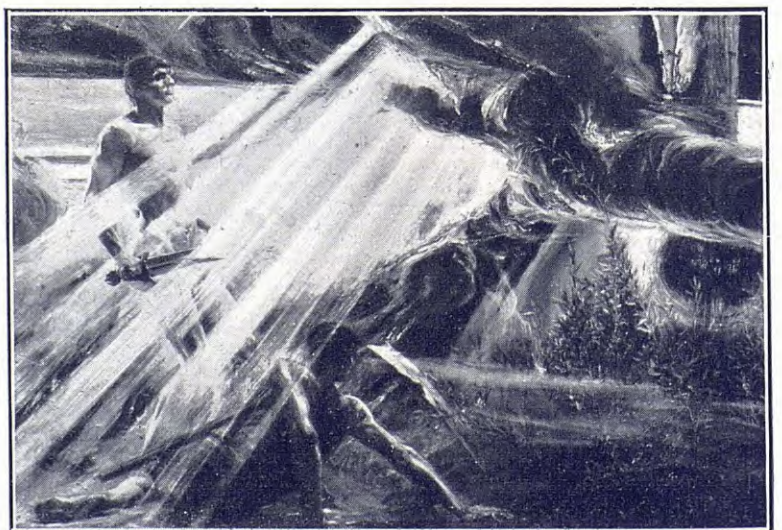
A la aparición de *El bautizo* precedieron cuadritos de caballete—no se olvide la época—dignos rivales de la mano minuciosa, movida, deli-



III.—Santificar las fiestas



IV.—Honrar padre y madre



V.—No matar



VI.—No fornicar



VII.—No hurtar

cada y chispeante de Fortuny, cual *Zapaterillo árabe*, *Descanso de la cuadrilla*, *La lección del Korán*, *La sultana infiel*, *La favorita*, *La siesta en el harém*.

*El bautizo* fué adquirido por Vanderbilt en 150.000 francos, cantidad realmente extraordinaria, tratándose de un artista que comenzaba su carrera, y que no creo haya sido superada todavía por ningún otro pintor español en igualdad de condiciones.

Así como los cuadritos de caballete antes citados heraldan la aparición del que había de representar la primera manera de José Villegas, preceden los lienzos de histórico é italiano asunto *El Aretino en el estudio del Tiziano*, *La condenación del dogo Falliero*, *La paz social en Venecia* y *Domingo de Ramos en Orvieto*, á *La coronación de la dogaresa*, cuadro culminante de la segunda época.

Esta obra, cuando fué expuesta en Berlín, obtuvo la recompensa especial y única de una gran medalla de oro que el Emperador de Alemania mandó acuñar expresamente para el artista.

Nada, excepto el nexa común de la riqueza colorista, hay en *La dogaresa* que recuerde á *El bautizo*. Es toda la Italia del Renacimiento, con sus puras doncellas de Sandro Boticelli, con sus adolescentes de Luca della Robbia y Bellini, con sus graves magistrados y Consejeros de la Señoría, evocadores de los modelos de Andrea Solano y el Pisanello.

Por último, encontramos los orígenes de este tercer período que culmina en *El Decálogo*, y que pudiéramos llamar el período metafísico, en los dibujos que hizo el maestro para una edición monumental de la Biblia.

Editada por una casa holandesa, se eligieron para ilustrarla los pintores más insignes de entonces. Así, de Francia: Moreau, Bonnat, Puvis de Chavannes y Herbert; de Inglaterra: Burne Jones, Alma Tadema y Hermoner; de Italia: Michetti, Morelli y Maccari; de Alemania: Menzel y Lenbach; de España: José Villegas.

Era en los años postreros del siglo XIX. La situación dolorosa de Es-

paña, á consecuencia de las guerras coloniales y con los Estados Unidos y la identificación con la magnificencia oriental del Libro Único, influyeron de tal modo en el espíritu de Villegas, que por entonces ya empezó á planear la magna empresa de darles forma plástica á los diez divinos mandamientos.

¿Ha sido feliz casualidad ó deliberado propósito el que esta obra, concebida durante una guerra tan terrible y decisiva para nosotros, sea terminada y expuesta al público durante otra guerra más terrible aún y más preñada de futuras crisis que la otra?

No lo sabemos. Pero agradezcamos al artista que cuando la humanidad, enloquecida y abrasada de todas las malas pasiones invoca en vano el nombre de Dios, ofrezca su obra de paz y de amor, como un recuerdo del pasado y una exhortación del porvenir...

ooo

Cada uno de los diez mandamientos está representado simbólicamente en otros tantos cuadros y abren y cierran la serie el que pudiéramos llamar de *La Vida* y el que Villegas titula *La Muerte*.

Más y mejor de lo que nosotros podríamos decir de esta magna obra, exprésalo el insigne artista, autor de tantos cuadros famosos, en unos poéticos comentarios, donde se revela excelente literato.

Desde el prólogo, en que Adán y Eva se disponen á empezar el camino de la Vida, hasta el epílogo, en

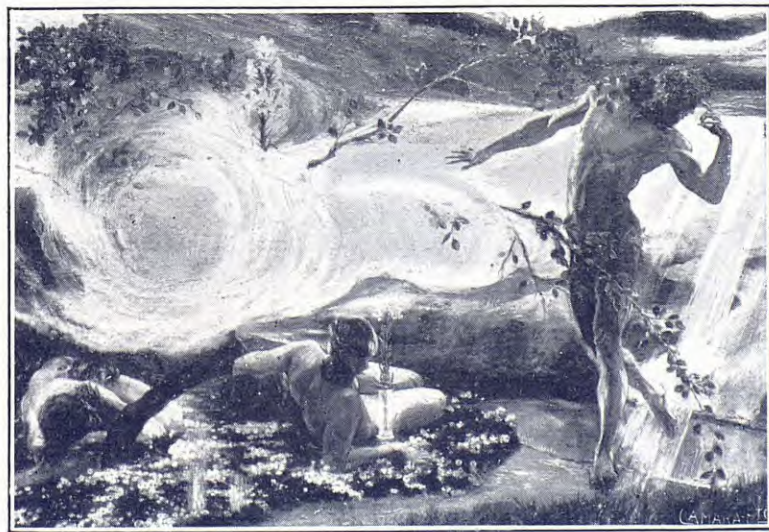
que un sereno optimismo impregnado de fe afirma que nada muere, sino que se transforma y que «las más lozanas flores crecen al lado de las tumbas», hay una sucesión esplendorosa de símbolos y una pródiga exuberancia de luminosidades.

Satisfecho puede considerarse del triunfo obtenido, porque, según nos decía el maestro en una carta particular, «son los diez cuadros con prólogo y epílogo, eco sonoro de sentimientos y de pasiones que brotaron del alma del artista...»

SILVIO LAGO



VIII.—No levantar falsos testimonios ni mentir



IX.—No desear la mujer del prójimo



X.—No codiciar los bienes ajenos



Obreros anamitas fabricando proyectiles y espoletas para el cañón de 75

FRANCIA, duramente aleccionada por la experiencia de la guerra, no sólo ha adiestrado a las mujeres en la fabricación de municiones, fuente indiscutible de la victoria, sino que ha traído elementos de sus colonias, educando a sus súbditos de muy lejanas tierras en los oficios indispensables para las diarias tareas complementarias de sus sangrientas luchas del frente.

En la Indo-China, donde la vecina república ejerce el protectorado sobre la monarquía de Anam, ha reclutado jóvenes anamitas de baja estatura, flacos y ágiles, cara ancha é imberbe, frente baja, nariz aplastada, ojos oblicuos y cabello negro y espeso, para que en las fábricas francesas sean activos obreros constructores de mortíferos proyectiles.

Ha dicho un notable escritor francés, M. Fournier, que el triunfo de los ejércitos, más que sobre el frente está en las fábricas. Es verdad, y por ello convergen todas las miradas de ansiedad patriótica hacia las altas chimeneas de los grandes talleres metalúrgicos.

En presencia del enorme consumo de proyectiles, la guerra se desarrolla en condiciones totalmente distintas á las que se podrían prever antes de romperse las hostilidades. Los cañones, reyes de la batalla, no cesan de disparar y es preciso que á cañones, fusiles y ametralladoras no les falte el pan de fuego que ha de darles el triunfo.

Para no distraer del campo de batalla los obreros precisos en esta movilización industrial indispensable que, ha ensanchado las fábricas del Estado y ha requisado las industrias particulares, militarizándolas, precisa Francia aleccionar á mujeres y anamitas para oponer su acción á la de los 110.000 obreros de los talleres de Krupp y á los muchos que Alemania dedicó

y dedica á estas bélicas tareas. Ha sido preciso, primeramente, adaptar las máquinas y útiles de la industria privada á estos marciales fines, y así se consiguió después de varios meses de ensayos. En la actualidad, todas las fábricas están en plena actividad sin dejar de producir, ni ensanchar su radio de acción. También se construyen con urgencia nuevos talleres, y día y noche la Francia industrial labora fabri-

preparadas por la industria siderúrgica, llegan sin cesar á todas las fábricas y talleres dedicados á construir proyectiles para el cañón de 75, que es de todas las piezas artilleras la que más municiones consume.

Aquellas barras pasan, dos á dos, por sierras que las cortan á un tamaño un poco más largo que el del futuro proyectil.

La primera operación delicada de la fabricación es la del alisamiento de las caras, de cuyo paralelismo depende la regularidad del horadamiento y la exactitud del centrado; después se realiza la operación de desfondar; en el torno automático sufre el proyectil la pulimentación final.

En el interior quedan entonces dos partes cilíndricas de diámetros diferentes y una parte cónica de enlace.

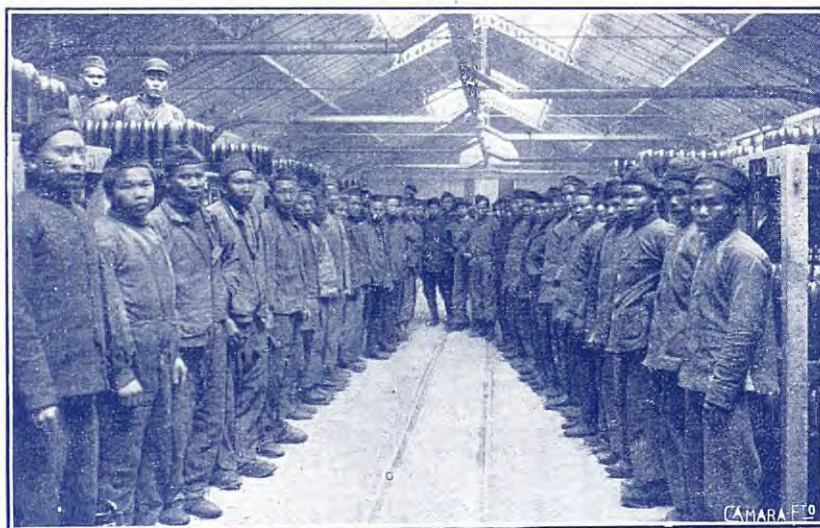
Después se lleva á cabo el centrado, el acarreo y la verificación de longitud.

Para todas estas operaciones ó se transportan los proyectiles en embrión de una máquina á otra, á brazo ó en carretillas, ó se realizan todas las operaciones en una sola máquina, según la perfección de los empleados.

Siguen á estas otras muchas labores, prolijas de enumerar, como son el horadamiento, la formación de la ojiva, la colocación del culote, la fabricación y colocación de las espoletas, la de los balines y spranells, y la carga del proyectil, terminando con las operaciones precisas para la verificación de los proyectiles.

Y en esta difícil manufactura son obreros hábiles los anamitas que ayudan con sus activas tareas á la salvación de la Francia, que un día se adueñara en son de conquista de sus fértiles tierras.

CAPITÁN FONTIBRE

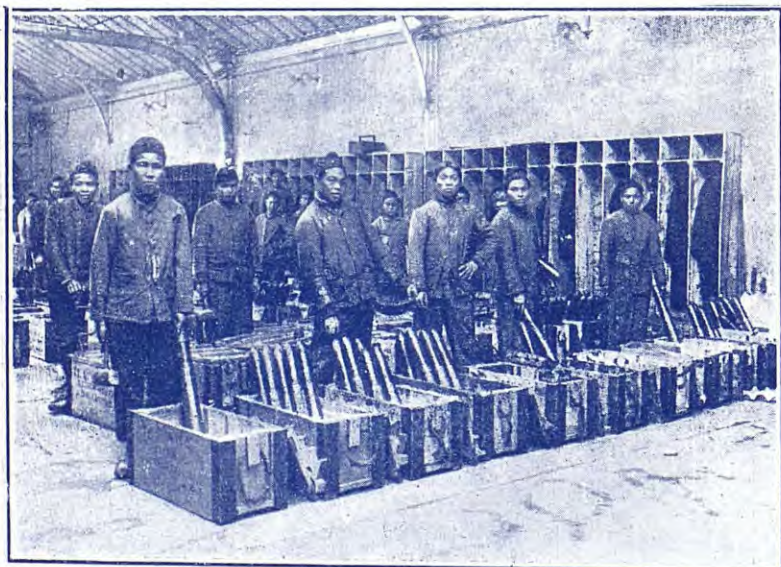


Filas de obreros anamitas, al pie de los depósitos de municiones fabricadas

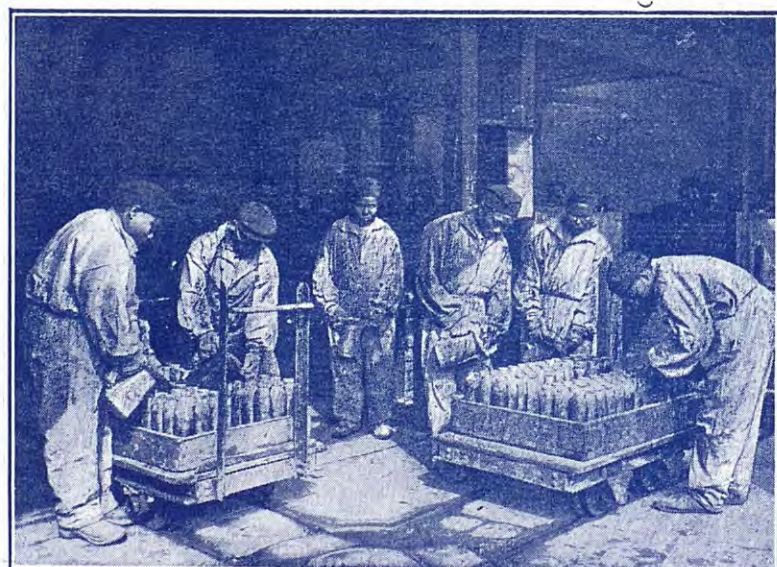
cando cientos de miles de proyectiles de todos los calibres.

La fabricación de los proyectiles es un trabajo delicado, sin que tenga mucha complicación sobre todo después de que los nuevos auxiliares de esta industria guerrera se han familiarizado con las operaciones, que se suceden con una regularidad matemática.

Barras de acero de 82 milímetros de diámetro,



Empaque de proyectiles para enviarlos al frente de lucha



La carga de explosivos en los proyectiles de 75